



PRESENTACIÓN

[Estimados amigos: les presento el capítulo introductorio del libro en que trabajo, y provisionalmente titulado: **¡ESTE ES TU LIBRO, FIDEL!** El capítulo está terminado, en líneas generales, pero faltan notas, referencias, detalles que son importantes. Al final del capítulo encontrarán un

esquema provisional de los capítulos subsiguientes. Les agradeceré a los que se atrevan a dedicarle tiempo, que me envíen sugerencias, objeciones, críticas, comentarios. Me interesa saber si el texto fluye y si los argumentos son sólidos y suficientemente respaldados por las evidencias. Aquí tienen mi correo electrónico: moran.francisco28@gmail.com ¡GRACIAS A TODOS! ABRAZOS]

CANTAR DE MÍO CASTRO

I. SE GESTA UN CANTAR

En la noche del 1 de enero de 1959, en el programa «Jueves de Partagás» el actor Eduardo Egea leyó un poema “recién llegado al canal [6],” que, leemos en EcuRed, “estremeció a la audiencia nacional.” Se trata de la *Marcha triunfal del Ejército Rebelde*, que Jesús Orta Ruiz (el Indio Naborí) había acabado de componer:

“Pronto se convirtió en un nuevo himno, un canto de victoria, de esperanza, que se hizo popular, y era *repetido* por *escolares* y *adultos*, hasta alcanzar la *extensión definitiva* en el acto realizado el 8 de enero, cuando por primera vez Fidel Castro se dirigía a los cubanos de la capital y de todo el país desde uno de los balcones del antiguo Palacio Presidencial” (énfasis mío).¹

Según el sitio cubano, el poema que leyó Egea no estaba entonces todavía terminado, y su autor continuó trabajando en él mientras se producía el avance de Castro hacia la capital. En efecto, no fue sino hasta su llegada a la Habana, el 8 de enero, que la Marcha... alcanzó su “extensión [y versión] definitiva.”² Respecto a las características formales del texto, que “recuerda el ritmo de la Marcha de Rubén Darío,” el Indio Naborí “ciertos recursos trovadorescos propios del poema y la *canción de las multitudes*,” en particular uno usado por los trovadores mozárabes, quienes “solían marcar en sus zéjeles la frase o rima consabida que indicara el *momento* en que el público *oyente* debía *sumarse*, formando un *gran coro*, a la *voz del cantor*.” Este “recurso poético” fue “el que transformó en un *gigantesco coro de un millón de voces* a la *masa* de cubanos que aquel 8 de enero se reunió frente al Palacio Presidencial para escuchar al *recién descubierto líder* de una nación que comenzaba a andar con paso firme por su verdadera e irrenunciable independencia” (énfasis mío).

Recuerdo el poema muy bien, y evidencia de la popularidad de que gozó fue el hecho de que llegué a fijar en mi memoria sus primeros y últimos versos.

¹ https://www.ecured.cu/Marcha_triunfal_del_Ej%C3%A9rcito_Rebelde

² CubaRed: “Tras la entrada en La Habana de los comandantes Ernesto Che Guevara y Camilo Cienfuegos, a medida que la columna del Ejército Rebelde encabezada por Fidel avanzaba por la Isla, el Indio Naborí completó el poema hasta la versión definitiva.”

Si lo evoco ahora, no es por nostalgia, sino porque la reciente fotografía aparecida en el *Granma*, de tres niños cubanos con el nombre **Fidel** escrito; o para ser más precisos, *marcado* en la frente,³ me catapultó a la *Marcha...* de Naborí.

El primer verso captura la metáfora del triunfo castrista como la de un nuevo comienzo simbolizado en el amanecer: “Luminosamente surge la mañana.” Su fuerza radica en esa luminosidad que *irrumpe* de pronto – como la victoria rebelde – y *se extiende* en el adverbio. Por otra parte, el verbo *surgir* que, por supuesto, sugiere una victoria que se manifiesta, que se presenta, también connota algo que surge desde *abajo*, desde lo profundo. Es como si el amanecer victorioso hubiera tenido que romper, irrumpir, a través de las tinieblas de la dictadura, para manifestarse. “¡Las sombras se han ido! Fulgura el lucero / de la redimida bandera cubana,” dicen los versos segundo y tercero. El verso inicial es, pues, la revolución. Y por lo mismo es Castro – él solo – su violenta masculinidad y la de la raza blanca. La lectura atenta de esa *Marcha...* se nos revela, pues, como el avance indetenible, imperial, incluso autoritario y racista, de Fidel Castro, de su *nombre propio*. Advierto que tengo claro que la oposición luz-oscuridad no representa un binarismo racista per se para la mayoría de los lectores. Pero estimo que la esclavitud moderna que engendró el racismo cargó simbólicamente esa oposición con un contenido racista. Aún así, considero igualmente que cada vez que se presente hay que atender a las particularidades del caso. Batista no fue meramente condenado y despreciado: fue odiado también. Curiosamente, Fidel Castro sintió un odio por Batista como el que no tuvo nunca por Gerardo Machado, ni por Valeriano Weyler.

La *Marcha...* escenifica eso mismo: el desfile, el paso, la marcha de los vencedores. Los verbos, todos en *presente*, se combinan con las *repeticiones* para producir ese marchar como un evento incesante, y por tanto libre de las constricciones del tiempo:

Vienen con un triunfo de fusil y arado.
Vienen con sonrisa de hermano y amigo.
Vienen con fragancia de vida rural.
Vienen con las armas que al ciego enemigo
quitó el ideal.
Vienen con el ansia del pueblo encendido.

³ No tenemos evidencia de que los niños, espontáneamente, se hubieran escrito la frente; ni aún de que tuvieran plena conciencia de – en caso de haberlo hecho – lo que querían decir con ello. Sus rostros, tal como lo notaron varias personas en Facebook, tienen una expresión extraña, ambigua: no se ven alegres.

Vienen con el aire y el amanecer
y, sencillamente, como el que ha cumplido
un simple deber.

El poema establece también la mitología del triunfo castrista como una navidad simultáneamente política y religiosa. Los niños que miran pasar al héroe barbudo:

... piensan, crecidos por la admiración,
que ven a un rey mago, rejuvenecido,
y con cinco días de anticipación.

De la masa de los combatientes, el poema pasa a la individuación de los héroes. Todos son, por supuesto, masculinos. Las heroínas desaparecen en la masa informe de las *mujeres negras*: “las marianas.” Su única corona, afirma el poema, es “su sacrificio.” Ellas son también, es cierto, “cubanas marciales,” y más específicamente “gardenias que un día se hicieron leonas,” cuando recibieron el beso de Mariana Grajales. Ellas aparecen aherrojadas a una *femineidad* que es, por supuesto, frágil, vulnerable y bella. Se *hicieron leonas* por la necesidad de la guerra, pero no es eso lo que eran, lo que se suponía que fuera. Pero la heroína, por lo mismo que no reconocida en su individualidad, queda relegada, sepultada en la masa de la mujer negra, y de una animalidad – si valiente – salvaje.

En contraposición, la figura masculina, mostrada en ese desfile con su nombre propio, es “fulgurante” como Camilo Cienfuegos, a quien “[a]lumbran su rostro cien fuegos de gloria.” Le sigue Guevara:

Con los invasores, pasa el Che Guevara,
Alma de los Andes que trepó el Turquino,
San Martín quemante sobre Santa Clara,
Maceo del Plata, Gómez argentino.

Notamos el contraste entre la rapidez con que el Indio Naborí pasa junto a Camilo al ensalzarlo, y su desbordante entusiasmo al *fijarse* en el Che. Este adquiere una dimensión épica y nustramericana. Hipermasculinizado, su alma andina trepó al Turquino. El verbo *trepas* sugiere el vigor físico que le habría permitido ascender al Turquino, conquistarlo. De hecho, se trata de una hazaña que el poema iguala con la de San Martín. El Che no es solo él mismo, sino también San Martín; de la misma manera que el Turquino es los Andes y viceversa. Y todavía no es

suficiente. No menos que San Martín, Guevara es “Maceo del Plata, Gómez argentino.” Su epicidad se construye canibalizando la de los héroes del 68 y el 95, con cuyas hazañas, como tampoco con las de San Martín, podía competir. De todas estas identificaciones, la más reveladora es la de Maceo. La afirmación de que el Che era “[el] Maceo del Plata” no tiene sentido. Del Plata significaba prácticamente decir que Guevara en un Maceo de Buenos Aires (o de Argentina), que es lo mismo que dice el poema respecto a Gómez. Y a ningún lector se le ocurriría decir que Maceo era el Che del Plata, o que Gómez es un Che argentino. No estamos, pues, ante una inocente o descuidada comparación, sino más bien ante una devoración.

Si revisamos la prensa cubana, y también las celebraciones oficiales, uno se percató de que no siempre, pero sí casi siempre, Maceo aparece convoyado con el Che (y no al revés).⁴ Un ejemplo de esto último es el artículo: “La ciudad del Che cantó a los héroes este 14 de junio.”⁵ Tal como lo expresa el artículo de *Granma*, la celebración de los natalicios de Maceo y de Guevara tuvo lugar en la ciudad *del* Che. Maceo es recordado casi exclusivamente como ejemplo de intransigencia (Baraguá, el Zanjón).⁶ De más está decir, claro, que también es el caso del 7 diciembre, aniversario de su caída en combate. Pero no vaya a pensarse que aún en esta fecha Maceo no pueda ser convoyado. El 7 de diciembre de 2018, además de Maceo, fueron homenajeados “nuestros mártires internacionalistas,” y hasta Frank País.⁷ El cotejo de la prensa cubana, además de confirmar el lugar periférico de Maceo en la memoria oficial – y siempre subordinado a los intereses ideológicos del Estado – revela que es su madre Mariana Grajales, la figura de los Maceo más frecuentemente exaltada, y no creo que sea necesario explicar por qué.

Tras Guevara, aparece entonces Fidel Castro. Ahora bien, en la *Marcha...* tanto el primero, como Camilo, o incluso “las marianas,” pasan, desfilan, sin necesidad de que, para hacerse visibles, fuera necesario destacarlos del fondo en una especie de alto relieve. Pero Castro sí lo necesita. Y lo revelador es que Naborí se hubiera percatado, o intuido tan

⁴ Ver: “Dos héroes en la raíz del carácter cubano” (*Granma*, 15 junio, 2020), *Granma*: “Maceo y el Che, unidos en la historia y en la gloria” (12 de junio, 2020), “Tributo a Maceo y Che: evocación y ejemplo” (*Granma*, 12 de junio, 2019), “Maceo y Che: rectitud de principios y antimperialismo” (*Granma*, 14 junio, 2018)

⁵ *Granma*, 14 junio, 2020: <http://www.granma.cu/cuba/2020-06-14/la-ciudad-del-che-canto-a-los-heroes-este-14-de-junio-14-06-2020-14-06-43>

⁶ “Cuba en el espíritu de Baraguá” (*Granma*, 16 de marzo, 2020), “Baraguá ayer, hoy y siempre” (*Granma*, 16 de marzo, 2020)

⁷ Eduardo Palomares Calderón: “Homenaje a nuestros mártires internacionalistas, a Antonio Maceo y Frank País” (*Granma*, 7 diciembre, 2018): <http://www.granma.cu/cuba/2018-12-07/homenaje-a-nuestros-martires-internacionalistas-a-antonio-maceo-y-frank-pais-07-12-2018-14-12-06>

pronto, que la masa o el pueblo no tendría otra función que servirle de pedestal al líder, al Máximo (ÚNICO) líder:

Ya entre los mambises del bravío Oriente,
Sobre un mar de pueblo, resplandece un astro:
ya vemos... ya vemos la *cálida frente*,
el *brazo pujante*, la *dulce sonrisa* de Castro.

Fidel Castro es *le roi soleil* – el astro del amanecer revolucionario – cuyo resplandor derrama sobre la masa amorfa, bamboleante, y supuestamente ingobernable del *mar*. No obstante, el astro resplandeciente que se eleva sobre ella es el signifiante mismo del poder totalitario, supremo, de CASTRO. La sujeción de la escritura al esquema métrico obliga al Indio Naborí a poner al *castrismo* delante del *fidelismo*. Por esta razón, su propio entusiasmo resulta de su fascinación con el autoritarismo de una masculinidad violenta y bella. En efecto, nosotros asistimos a, contemplamos el tremendo esfuerzo que tiene que hacer para alzar su propia cabeza sobre el “mar de pueblo” (“ya vemos... ya vemos”) y satisfacer la urgencia del deseo. Y con él, nos arrastra a nosotros: el pueblo no es sino un mar de cabezas, cada una pugnando con la otra, para alzarse al deleite de contemplar la gloria de Castro.

El regodeo de la mirada en el *astro* de *Castro* es ostensiblemente homoerótico. La fijación en la fisicalidad del líder, al que el poema identifica con un poder absolutista y falocéntrico, revela el comercio al que con frecuencia están dispuestos, o predispuestos, la admiración y el deseo. Por entre el intento de tranquilizarnos con las imágenes benefactoras de la “frente cálida” y la “dulce sonrisa,” lo que nos asalta con más fuerza es la violencia, la agresividad del “*brazo [falo] pujante*.” Castro usó su cuerpo – su estatura, la incesante gesticulación del brazo en alto, extendiéndose aún más en el dedo índice – para proyectar su autoridad, y advertir amenazadoramente a sus enemigos, a los que soñaran incluso con la posibilidad de oponérsele y contradecirlo. La imagen del “brazo pujante” sugiere que el triunfo encuentra de inmediato oposición y resistencia.

De esta manera, al aparecer casi al final de la *Marcha...* Castro se muestra en su rostro – que al Indio Naborí le parece bello – pero sobre todo en la imagen invasora, violenta, viril, *pujante*, de su brazo. El poema, entonces, hace pasar fugazmente a Almeida y a Raúl, que meramente son acompañantes de carroza:

“Lo siguen radiantes Almeida y Raúl”

para detenerse entonces frente al astro, y elevarlo definitivamente sobre ese “mar de pueblo” que tiene que desaparecer del todo; como tienen que desaparecer también Che, Camilo, “las marianas” y los “jóvenes barbudos,” para afirmar su poder excelso:

¡Fidel, fidelísimo retoño martiano,
asombro de América, *titán* de la hazaña,
que *desde las cumbres* quemó las espinas del llano,
y ahora riega orquídeas, flores de montaña.

Castro es un dios-sol tremendo que, en efecto, *quemó* las espinas del llano, y regó – *llovió* – sobre las flores, y trae la vida y la belleza a las montañas. Nótese que su acción sobre llanos y montañas implica que él y *solo él* hizo y es la revolución en toda la isla: en *llanos y montañas*. También es toda la épica, y más, que le había asignado el poema al Che. Castro es “asombro de América, titán de la hazaña,” por lo que incluso podemos decir que se apodera de la épica de Maceo. El poema de Naborí parece ser, además, el primer intento de proyectar a Castro como *hijo* de Martí. El resultado de este mito está hoy a la vista de todos: el hijo intentó matar al Padre y sustituirlo. A ese fratricidio político se han prestado de la manera más desvergonzada los funcionarios del llamado Centro de Estudios Martianos.

La titulada *Marcha triunfal del ejército rebelde* no es en realidad sino la *Marcha triunfal de Fidel Castro*. Todo el poema marcha, en un inobjetable crescendo, hacia la figura y el nombre de Castro, y bajo cuyo peso todo lo demás desaparece:

Y esto que las hieles se volvieran miel, se llama...

¡Fidel!

Y esto que la ortiga se hiciera clavel, se llama...

¡Fidel!

Y esto que mi Patria no sea un sombrío cuartel, se llama...

¡Fidel!

y esto que *la bestia* fuera derrotada por el bien del *hombre*,

y esto, esto que la *sombra* se volviera *luz*,

esto tiene un nombre, *sólo tiene un nombre...*

¡Fidel Castro Ruz!

Se trata de la mítica batalla del Bien contra el Mal, de la luz contra las tinieblas, de Dios contra Satanás: del *hombre blanco* (Castro) contra la bestia, el *monstruo negro* (Batista). Baste recordar – y para situar el poema de Naborí justo en el contexto del triunfo el 1 de enero – que la portada del primero de los 3 números de la llamada «Edición de la Libertad» de *Bohemia*, publicado el 11 de enero, muestra una pintura de la cabeza de Castro, de perfil, y debajo de ella la inscripción: “HONOR Y GLORIA AL **HÉROE NACIONAL.**”⁸ El número en cuestión abre con dos editoriales; uno en caracteres regulares – “Los muertos mandan” –, y el con una tipografía aumentada para darle realce, y junto al rostro de Batista: “**QUE NO VUELVA JAMÁS EL MONSTRUO.**” El dictador es etiquetado ahí como “la bestia de Kuquine:”

“El batistato ha sido *un solo monstruo*. El déspota no era más que su cabeza. Su *cuerpo venenoso* estaba compuesto por sus secuaces y socios comanditarios” (p. 5) (énfasis mío).⁹

La *Marcha...* alcanza su clímax en el dramático triunfo del bien absoluto sobre el mal absoluto: la hiel se convierte en miel; la ortiga en clavel, y la sombra en luz. Esa luz – el astro refulgente – solo tiene un nombre, un nombre solo: FIDEL CASTRO RUZ. El poema es un entusiasta despliegue de pompa y circunstancia que culmina en la coronación del nombre de Castro. Su absolutismo, afirmado explícitamente, no solo institucionaliza el culto a la personalidad de Castro, sino que también inicia, por así decirlo, la rescritura de la historia nacional, y reúne y pone en marcha, dándoles nueva fuerza, las narrativas del excepcionalismo cubano que ya habían venido articulando algunos intelectuales. Al final del poema, el nombre “completo” de Castro se convierte en el *único* significante de la revolución, de la historia nacional, y aún de la de América. Por esta razón, el poema del Indio Naborí escenifica, involuntariamente, claro, lo que significaba convertir a Castro en objeto de culto, a saber: todo y todos los demás no serían en lo adelante más que ese “mar de pueblo,” ese oleaje, esa nada sobre la que se elevaría el astro. Castro convirtió a los cubanos, en una manera en que no lo habían conseguido ninguno de los políticos de turno, en *pueblo*; es decir, en *nada*: en la mera *sombra* y en el *telón de fondo* del caudillo. Surge así, desde el primer instante del triunfo, lo que al menos para los intelectuales, artistas y escritores, debió haber estado claro: el culto

⁸ El cambio en el tamaño de “Héroe Nacional,” es reflejo del que vemos en el original de la revista. No he podido

⁹ En esa misma edición véase otro editorial: “De las tinieblas a la luz,” pp. 28-29, 162.

a Fidel como significante de la revolución, de la Patria, e incluso de Martí, tenía por fuerza que producir los correspondientes binarismos: *fidelismo* (patriota, revolucionario, cubano) y *anti-fidelista*, o *anti-castrista* (apátrida, contrarrevolucionario, anticubano). Nótese la funcionalidad del *nombre*, su protagonismo, en esas territorialidades.

No fue por mero azar que seleccioné la *Marcha del ejército rebelde*, de Naborí, para introducir mi lectura del castrismo-“revolución” cubana. Como habíamos dicho, él trabajó en el poema mientras avanzaba, *simultáneamente* con la escritura, el ejército rebelde de Fidel Castro en *marcha* hacia la Habana, y no fue hasta la fecha misma del discurso de éste, tras su entrada en la capital, que lo concluyó. El reporte de *Bohemia* (11 de enero) de la entrada de Castro en la ciudad constituye de hecho un reflejo especular de la Marcha... de Naborí:

“Y Fidel Castro entró en La Habana como no lo soñó nadie. No hay palabras que puedan describir lo que pasó en la capital de la República en la tarde de este día, 8 de enero de 1959.

Fue la apoteosis de las apoteosis; fue como si un río, como si un *mar de seres humanos*, llenase las calles, los paseos, los parques, las avenidas” (énfasis mío)¹⁰

Según *EcuRed*, el poema alcanzó su “extensión definitiva” en el acto del 8 de enero, cuando Castro se dirigió por primera vez a la capital. Pero aquí nos encontramos con un problema. En la página de Castro en internet hay una foto hablando por un micrófono, junto al siguiente texto: “Fidel pronuncia un discurso desde la terraza norte del Palacio Presidencial. Fecha: 08/01/1959.” Sin embargo, en esa misma página, el único discurso de esa misma fecha es el de Ciudad Libertad. Sabemos, no obstante, por Castro mismo, que hubo dos discursos: primero en Palacio, y más tarde en Ciudad Libertad. En este discurso, él mismo expresó:

“Hoy tuve el gusto de dar un ejemplo delante de toda la prensa: estaba la multitud delante del Palacio Presidencial, y me decían que hacía falta 1 000 hombres para salir de allí; entonces, *me paré y le pedí al pueblo* que hiciera dos filas, que no hacía falta ningún hombre, *que yo solo iba a ir allí, y en pocos minutos el pueblo hizo sus dos filas, y pasamos por allí, sin*

¹⁰ *Bohemia*, 11 de enero, p. 121.

problemas de ninguna clase. Ese es el pueblo de Cuba, y esa prueba se dio delante de todos los periodistas (APLAUSOS)” (énfasis mío).¹¹

La cuestión es que el discurso de Palacio no aparece tampoco en la página de los discursos de Castro.¹² El segundo número de la «Edición de la Libertad» de *Bohemia* (18-25 de enero) incluyó la *Marcha triunfal del ejército rebelde* (pp. 10-11). El texto está flanqueado por fotos de rebeldes – casi todos posando en grupos – significativamente en tamaño reducido, que contrastan con la del retrato de Castro encendiendo un tabaco, y que aparece en la parte superior de la primera página, y ocupando un espacio considerable. Otra vez vemos que, haciéndose eco del poema, el *único rostro* que reconocemos en esas dos páginas es el suyo. En efecto, en la crónica sobre el recibimiento de Castro en La Habana, y casi citando *verbatim* el poema de Naborí, leemos en la revista:

“*Por encima del impetuoso oleaje de cabezas, sofocado, pero feliz, se avistaron las facciones del líder rebelde. Y brotó un grito enorme, inmenso como si la capital quisiera desquitarse de tantos años de silencio*” (énfasis mío).¹³

Más adelante, al referirse a la llegada de Castro a Palacio recurre la imagen, como si aquél solo pudiera destacarse a expensas de la desaparición de los que lo vitoreaban en una nada informe:

“Nada podía compararse con aquel *océano infinito de cabezas* que se extendía hasta el borde mismo del malecón, junto al Castillo de la Punta” (énfasis mío).¹⁴

Resulta sorprendente, sin embargo, que la minuciosa crónica de *Bohemia* no mencionara en lo absoluto la lectura del poema. Por otra parte, el *Diario de la Marina* que el 9 de enero reportó en detalle las actividades e intervenciones de Castro, tampoco dice nada respecto al poema del Indio Naborí. De todas maneras, cabe destacar que en la página de Castro que mencionamos antes, encontramos que el 29 de noviembre de 2016, en las honras fúnebres, la declamadora Corina Mestre leyó la *Marcha...* que fue escrita “entre el 1ro y el 8 de enero de 1959.”¹⁵

¹¹ <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f080159e.html>

¹² <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>

¹³ *Bohemia*, 18-25 enero, p. 87

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ <http://www.comandanteenjefe.biz/en/node/81202?width=600&height=600>

El Estado cubano no ha dejado de insistir en que no hay un culto a la personalidad de Castro, porque no hay estatuas o bustos suyos; y porque tampoco hay parques, calles o edificios que hayan sido bautizados con su nombre. Pero el poema del indio Naborí es una prueba irrefutable del culto a la personalidad. Escrito justo al producirse el triunfo de la “revolución” cubana, lo revelador es que a Castro no hubiese rechazado un poema que lo encumbraba – a él, a su nombre – como el *único* y *absoluto* campeón en la lucha contra la dictadura.

La investidura de Castro que lleva a cabo el poema es, en última instancia, la del patriarcado racista. El racismo, como lo tuvo muy claro Foucault, es en su raíz la politización de la vida.¹⁶ El negro es, por supuesto, el sujeto en el que el racismo – que como la esclavitud es un fenómeno de la modernidad – encarna. Y es a partir de él que el racismo se visibiliza y reproduce en otros sujetos: la mujer, el *queer*, el extranjero, el judío, el otro. El valor de estas vidas está siempre entre paréntesis, puesto ellas son *incluidas* como *exclusión*. Los derechos y prerrogativas del hombre blanco, heterosexual se afirman a expensas de esos otros que pueden ser desechables. El problema principal con el culto de la personalidad radica justamente en que solo puede articularse a través de una incesante politización de la vida, de modo que la del Máximo Líder adquiere un valor tan supremo, que todas las demás – sin excepciones – pueden ser sacrificadas, y se espera que se sacrifiquen y hasta se autoanulen para encumbrar la suya. Esto es lo que vemos que ocurre, desde el principio del triunfo “revolucionario” en la relación Castro-pueblo (masa). Pero esto comenzó a gestarse incluso antes de 1959. En el libro cuyo título lo dice todo – *El que debe vivir* – y sobre el ataque al cuartel Moncada, Marta Rojas le atribuye la frase a Abel Santamaría.¹⁷ Para Abel, pues, el que tenía que salvarse en ese ataque era Castro. Pudo haber dicho que Castro debía vivir – y esto también era problemático, claro – pero Abel fue aún más lejos: lo que en realidad nos dijo fue que Fidel era “el [*único*] que debe vivir.” El 22 de marzo de 2010, Cubadebate reprodujo un artículo de Erasmo Magoulas que éste había publicado en *Rebelión*, titulado: “El que debe vivir.” El autor comenta la serie, titulada precisamente así, que *Cubavisión* había comenzado a transmitir el 7 de marzo de ese mismo año. La misma se enfoca en los complots de la CIA para eliminar a Castro. Magoulas se pregunta: “¿Qué hubiera sido de nuestra existencia nuestro

¹⁶ **Referencia a Foucault. No olvidar, en el tratamiento del racismo y la nación, otras referencias importantes: Balibar, Mosse, Goldberg**

¹⁷ Premio Casa de las Américas, 1978.

americana sin el triunfo y la resistencia de la *Revolución cubana*?” Naturalmente, al igual que en el poema de Naborí, revolución cubana solo significa aquí *Fidel Castro*. Es por esto que añade Magoulas – concluyendo de paso su artículo:

“Tal vez porque *el pueblo cubano* descubrió sabiamente *quien era el que debía vivir*, hoy vemos con mayor claridad un futuro más promisorio para el desarrollo de una verdadera democracia en Nuestra América” (énfasis mío).¹⁸

El engrandecimiento y el excepcionalismo de la vida de Castro implican el desprecio de todas las demás vidas de los cubanos. Puede decirse, incluso, que *esa frase* ha llegado a convertirse en razón de Estado: a Castro se le han ofrecido, en sacrificio, las vidas, los derechos y libertades, y hasta el bienestar de los cubanos. Todo ha sido poco – los exilios, la persecución, la censura, las prisiones, el hambre – para enaltecer al Máximo Líder. El 26 de agosto de 2016 la Agencia Cubana de Noticias anunció la publicación, “[a] hora en formato de fotonovela, la serie *El que debe vivir* [...], para acercar al público a la historia de los más de 600 intentos frustrados de asesinato contra el Comandante en Jefe Fidel Castro.”¹⁹ La fotonovela se publicó en dos partes con idéntica portada: una foto de Castro. El contexto de esa serie televisiva-fotonovela no deja lugar a dudas de que cuando se trataba de Castro era su vida, por encima de todas las demás, la que había que preservar.

II. DE CÓMO NABORÍ QUISO *PASAR POR DARÍO*

Se recordará que, según EcuRed, la “Marcha triunfal...” de Naborí “[p]osee un ritmo dactílico amétrico de base trisílaba que *recuerda* el ritmo de la Marcha de Rubén Darío” (énfasis mío). Pero el poema del nicaragüense no se titula “Marcha” simplemente, sino *también* “Marcha triunfal.” Al recalcar esto, el parecido empieza a hacerse *más* parecido.

El lector recordará que habíamos comentado el uso exclusivo del *presente* en la “Marcha triunfal del ejército rebelde.” Resulta, entonces, que el poema de Darío *también*. Para hacernos una idea más precisa del extraordinario parecido de esos dos poemas, basta con citarlos:

“Ya *pasa* debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,

¹⁸ <http://www.cubadebate.cu/especiales/2010/03/22/el-que-debe-vivir/>

¹⁹ <http://www.acn.cu/cuba/20822-presentan-el-que-debe-vivir-esta-vez-en-formato-de-fotonovela>

los arcos triunfales en donde las Famas *erigen* sus largas trompetas”
(Darío)

“*Pasa un jubiloso ciclón de banderas
y de brazaletes de azabache y grana.
Mueve el entusiasmo balcones y aceras,
grita desde el marco de cada ventana.*” (Naborí)

El uso de la repetición, también muy similar en ambos casos, contribuye a visibilizar, escuchar, el paso marcial de los triunfadores:

“*¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines,
la espada se anuncia con vivo reflejo;
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines*” (Darío).

“*Vienen con un triunfo de fusil y arado.
Vienen con sonrisa de hermano y amigo.
Vienen con fragancia de vida rural.
Vienen con las armas que al ciego enemigo
quitó el ideal*” (Naborí).

Mencionamos igualmente que la “Marcha...” de Naborí hace que el lector mire hacia Castro, al arrastrarlo con él en la primera persona del plural, y también la tercera. Darío había hecho lo mismo, pero en singular. El efecto es idéntico en ambos casos, pues de lo que se trata es de crear para los lectores la ilusión de la presencia: la de los héroes marchando triunfantes, y la de su epicidad:

“*Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño.
Ved cómo la barba del viejo
los bucles de oro circunda de armiño.
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores*” (Darío).

“*Los niños lo miran pasar aguerrido
y piensan, crecidos por la admiración,*

que *ven* a un rey mago, rejuvenecido,
y con cinco días de anticipación” (Naborí)

“Ya entre los mambises del bravío Oriente,
Sobre un mar de pueblo, resplandece un astro:
ya vemos... ya vemos la cálida frente,
el brazo pujante, la dulce sonrisa de Castro.
Lo siguen radiantes Almeida y Raúl,
Y aplauden el paso del Héroe ciudades quemadas,
Ciudades heridas, que serán curadas,
y tendrán un cielo sereno y azul” (Naborí).

Nótese que, al igual que Darío, Naborí recurre a la imagen del niño exhortado a maravillarse, o maravillado por los guerreros. Finalmente, y para no extendernos demasiado, en ambos poemas el amanecer, por supuesto, es identificado con la victoria:

“Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,” (Darío).

“Luminosamente surge la mañana.”

Los héroes de Darío no solo han vencido a sus enemigos, sino también a los elementos:

“al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha.”

Pero los de Castro no se quedan atrás:

“Vienen vencedores del *hambre, la bala y el frío.*”

No es casual que ante el “brazo pujante” y la “dulce sonrisa” de Castro, despertaran los ímpetus épicos de Naborí. Aunque amante de la décima popular, tuvo también su veta cultista, o clásica, si se prefiere. En otro poema suyo, “Artemisa,” que encontré en internet, leemos:

“Los valientes Aqueos de la *Ilíada*
tuvieron a Minerva como escudo y divisa

los jóvenes Aquiles del ataque al Moncada
tuvieron su Artemisa.”

Y el “Centauro de Oriente, Comandante del Brío” invocado por nuestro aeda tropical, no es otro que Fidel Castro. De modo que todos los asaltantes del Moncada – incluido Juan Almeida – se convierten en héroes homéricos, griegos, blancos, blanquísimos. Castro, más que «el caballo», es el «Centauro de Oriente». El deslumbramiento homoerótico, no solo con la figura de Fidel Castro, sino también con la masculinidad violenta y blanca de sus supuestos “Aquiles” es definitivamente lo que sella el excepcionalismo racista de estas loas.

Hay, pues, que insistir en que desde los primeros minutos del triunfo de enero de 1959, Fidel Castro fue objeto de un escandaloso culto a su personalidad, y que en ningún momento hizo ni dijo absolutamente nada para frenarlo; por el contrario, se bañó obscenamente en esa luz que no dejó de iluminarlo a él, a él solo.²⁰

III. LA BELLA Y LA BESTIA

Mientras Naborí sudaba la cantera para construir el Arco de Triunfo por el que entraría triunfante en La Habana Castro, éste ya había empezado a fingir humildad y a insistir en que no ambicionaba ni el poder, ni la gloria. En su primer discurso en el Parque Céspedes, en Santiago de Cuba, el 1ro de enero de 1959, exclamó entusiasmado:

“Nunca nos dejaremos arrastrar por *la vanidad* ni por *la ambición*, porque como dijo nuestro Apóstol: ‘*Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz*’, y no hay satisfacción ni premio más grande que cumplir con el deber

²⁰ Otro ejemplo de este culto es el caso del joven miliciano Eduardo García Delgado, que murió durante el bombardeo de Ciudad Libertad el 15 de abril de 1961. Supuestamente, antes de morir escribió con su sangre el nombre de Fidel en una puerta. Nicolás Guillén le dedicó el poema “La sangre numerosa,” cuya primera estrofa dice:

“Cuando con sangre escribe

FIDEL este soldado que *por la Patria muere*,

no digáis miserere:

esa sangre es el símbolo de la Patria que vive” (énfasis mío).

Castro es la Patria por la que murió García Delgado, y la Patria sigue viva por ese sacrificio. La fusión Patria-Fidel es completa. En efecto, aunque muerto, Guillén nos dice que el mártir no estaba callado, porque su lengua “*en la pura lengua de la Patria resuena*” (énfasis mío). Y por supuesto, la *única lengua* que resonaba, era la de Fidel Castro.

como lo hemos estado haciendo hasta hoy, y como lo haremos siempre” (énfasis mío).²¹

Había debutado el jesuíta. La frasecita de Martí, hábilmente escogida para la ocasión, no se cansó de repetirla en posteriores discursos, entrevistas, etc. Como cualquiera de los tantos re-*citadores* del apóstol, no llegó a entender que en esa frase la humildad es apenas una máscara de la ambición. Si “toda la gloria del mundo” podía caber en “un grano de maíz,” éste, no obstante su pequeñez física, tiene que ser lo suficientemente *grande* para hospedar toda la gloria. Después de todo, ¿acaso la *gloria* puede ser medida, pesada? Pero, por lo mismo, ¿no es, entonces, esta afirmación perfecta para encubrir las ambiciones de grandeza de los *pequeños*, de esos granos de maíz que añoran engrandecerse?

Fidel Castro, en efecto, comienza a inscribir su nombre; se glorifica a sí mismo en la masa que lo vitorea, y en la demonización de Batista. Lo uno no puede comprenderse sin lo otro. Resulta asombroso descubrir hoy su obsesiva fascinación no solo con la multitud, sino más específicamente también con su tamaño. En este sentido, Castro es un Trump *avant la lettre*.

Por ejemplo, el 6 de enero, en un discurso en Santa Clara, Castro se refiere a “*los que hemos tenido* el inmenso honor de *vern*os aclamados por *multitudes delirantes*” (énfasis mío). El comentario echa mano dos veces a la primera persona del plural (*nosotros*), en este caso más notablemente usado como plural de modestia. Adviértase, no obstante que, aunque Castro supuestamente le habla al pueblo, en realidad lo margina a través del uso de la tercera persona. Las “*multitudes delirantes*” son un *ellas*, y no un *tú*, ni un *ustedes*. Esto se hace todavía más evidente cuando Castro, en ese mismo discurso, afirma:

“*Nosotros* solo queremos una cosa, solo *queremos* poder siempre comparecer *ante el pueblo*, poder siempre comparecer *ante la multitud*, poder hablar con *ella*, rendirle cuenta de *mis* actos” (énfasis mío).

En este momento, el ***nosotros*** se desenmascara como lo que realmente es – un ***yo*** (“*mis* actos”), mientras que el ***pueblo/multitud*** es mencionada solo, en tercera persona, como lo que es: un objeto, una cosa (***ella***). Emile Benveniste ha demostrado que la tercera persona no designa a un sujeto específico, sino a algo – incluso si se trata de otra persona – que está *fuera* de la relación yo-tú. De ahí que sea precisamente la *tercera*

²¹ <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f010159e.html>

persona la que se utiliza para construir el *impersonal*.²² Como afirma Benveniste, la función de la tercera persona es “expresar la *no-persona*” (itálicas en el original). La relación dialógica entre un sujeto y otro solo puede ocurrir en el intercambio yo-tú. No es necesario añadir que este intercambio implica un mutuo reconocimiento de los sujetos, lo que no ocurre en la tercera persona. Por esto, **nosotros** puede convertirse en **yo** – en realidad siempre lo es, pero **pueblo/masa** nunca será un **tú**. Y no lo puede ser porque en las nociones mismas de masa, pueblo, multitud, los sujetos son completamente despersonalizados, y amasados en la homogeneización del anonimato. Hay que aclarar; o mejor, insistir en que de lo que se trata es que la presentación de la tercera persona es, por definición, la negación misma de la persona. No la destruye, sino que la indica como vacía. “Por no implicar persona alguna – expresa Benveniste –, puede adoptar no importa qué sujeto, o no tener ninguno, y este sujeto, expresado o no, no es jamás planteado como ‘persona’” (166).

El éxtasis que la adulación de enormes multitudes suscita en Castro, se explica principalmente porque en la obediencia y sumisión de la masa ve reflejado su poder. Pero no hay poder en su sentido estricto si no se le utiliza. Vemos, entonces, que la contemplación de las masas delirantes lo lleva a usar su mando tal como lo harían un libertino y un sádico. El 7 de enero, en Matanzas, se complace en su poder para convocar a y hacerse obedecer por el pueblo, cuyo descanso interrumpe para hacerse escuchar:

“*Si vieran lo que he visto yo*, si hubieran presenciado estas manifestaciones multitudinarias, *si hubieran hablado* con el pueblo de Cuba **como he hablado yo**, es posible que la admiración que sintieran por nuestro pueblo fuera realmente más grande de la que sienten; porque para **saber** lo que es el *pueblo de Cuba*, era necesario haber recorrido, como **hemos recorrido nosotros** la isla de un extremo a otro, era necesario ver esas **manifestaciones multitudinarias de hombres y mujeres delirantes, llenos de fe en su destino, decididos a todos los sacrificios**, decididos a todos los esfuerzos y, sobre todo, con el entusiasmo, y con el cariño con que ofrecían su estímulo a los combatientes que iniciaron esta guerra en la Sierra Maestra hace más de dos años.

Si hubieran visto este pueblo unido, *si hubieran visto* al pueblo reunido a las 2:00, a las 3:00, a las 4:00, a las 5:00, a las 6:00 de la mañana, **a cualquier hora**; porque ya aquí se acabó aquello de que los mítines se dan a las 7:00 o a las 6:00; **ya los mítines aquí, las reuniones, los mítines revolucionarios, lo mismo son a las 9:00,**

²² Ver: Emile Benveniste. “Relaciones de persona en el verbo,” en: *Problemas de lingüística general* 1, 164.

que a las 11:00, que a las 2:00, que a las 3:00, que a las 5:00 de la mañana (APLAUSOS). Algo que no se ha visto nunca en Cuba: un mitin a las **4:00 de la mañana** (LE DICEN QUE NO SE OYE). Debe haber algún sabotaje por ahí (EXCLAMACIONES DE: “¡No!” Y DE: “¡Eso no existe en Cuba!”) ¿No? Ya no existen en Cuba los sabotajes.

Yo decía que hay cosas que nunca se habían visto como es el pueblo congregado **a las 2:00, a las 3:00, a las 4:00 de la mañana, a cualquier hora**. Son las 12:00, buenos días compatriotas (RISAS Y APLAUSOS). Y sobre todo, yo decía que *si conocieran al pueblo como lo conocemos nosotros, si hubiesen visto* el grado de conciencia revolucionaria que hay en nuestro país, la admiración que sentirían por el pueblo de Cuba sería dos veces más grande (APLAUSOS).

Tengo casi la seguridad de que nunca en nuestra patria se habían observado **muchedumbres tan gigantescas** como las que estamos observando en estos momentos (EXCLAMACIONES DE: “¡Nunca!” Y APLAUSOS).

Tengo la impresión de que **no ha quedado una sola alma en las casas de Matanzas** (EXCLAMACIONES DE: “¡Nadie!”). Tengo la impresión de que aquí está **Matanzas entero; es todo el pueblo, y todo el pueblo unido**” (énfasis mío).²³

El deleite narcisista es desbordante: Castro solo habla él, habla de sí mismo – “lo que yo he visto,” “como he hablado yo,” “yo decía,” “tengo” – mientras usa al pueblo como pedestal de su engrandecimiento personal. En apenas unos días, en los que por otra parte era imposible recorrer el país pulgada a pulgada, y hablar con todos y cada uno de sus habitantes, Castro se jacta de conocerlo mejor que nadie. Ve el pueblo, y claro, solo puede concebirlo *unido*, pensando con *una sola cabeza* – la suya – y obediente a sus llamados. La vocación totalitaria está ahí en ese poder soberano incapaz de aceptar que alguno de sus súbditos no acuda a cualquier hora que él decida hablar. El mitin republicano, transformado en “revolucionario,” es despótico. Castro simplemente le informa a los matanceros – que para él son también *todos los cubanos* – que a partir de ese momento habrá mítines a cualquier hora, incluso de madrugada.

Al mismo tiempo, cabe destacar la participación activa y entusiasta del pueblo en su propio sometimiento. Rápidamente, aprende incluso *cuándo* y *qué* debe responder. Es decir, aprende a halagar el egoísmo del caudillo, su petulancia hipócritamente escondida en el granito de maíz.

²³ <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f070159e.html>

Pero esto se debe al hecho de que, aunque Castro no use a las masas más que como caja de resonancia de su propio ego, también se convierte a sí mismo en espejo en el que los cubanos aprenden pronto a proyectar sus fantasías políticas y eróticas, y el sueño de su propio excepcionalismo. Se trata, pues, de una perversa complicidad por la que tuvimos que pagar, y seguimos pagando un precio muy caro. Esta singular alianza no fue solo entre el hombre fuerte y los sectores populares. A ella se sumaron la pequeña burguesía, los empresarios, las más diversas denominaciones religiosas, y *last but no least*, los intelectuales, los artistas y escritores. Esto último fue tan decisivo, que Castro lo invocó como evidencia del apoyo a los juicios sumarios y ejecuciones que empezaron a tener lugar prácticamente a todo lo largo del territorio nacional desde el primer momento del triunfo. Así, el 21 de enero, en la gigantesca concentración frente al Palacio presidencial, a la que fue expresamente invitada la prensa internacional, Castro pudo decir:

“Aquí podemos invitar a todos los periodistas del mundo, porque *hay en Cuba una libertad de prensa absoluta como no la hay en ninguna parte del mundo; hay en Cuba un respeto a los derechos humanos como no lo hay en ninguna parte del mundo*. Este pueblo no es un pueblo bárbaro, ni es un pueblo criminal; **este es el pueblo más noble y más sensible del mundo**: si aquí se comete una injusticia, todo el pueblo estaría contra esa injusticia. **Nuestros intelectuales** no son insensibles, **nuestros periodistas** no son insensibles, **nuestros obreros** no son insensibles, **nuestros campesinos** no son insensibles, **nuestros religiosos** no son insensibles, ¡y cuando **todo el mundo ha estado de acuerdo con el castigo** es porque el castigo es justo, es porque el castigo es merecido! (APLAUSOS.)” (énfasis mío) (21 de enero).²⁴

Cité en extenso para que pueda apreciarse la que a mi juicio fue la estrategia retórica más efectiva para ganar el respaldo entusiasta de los cubanos. La idea del excepcionalismo cubano que, por diferentes vías intelectuales, historiadores, figuras públicas, escritores, etc., habían venido

²⁴ <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f210159e.html> Un ejemplo concreto es el artículo “Somos actores de una historia increíble,” de Guillermo Cabrera Infante, publicado en [\[enlace\]](#). El colaboracionismo a que me refiero ha sido ya objeto de análisis por autores como Jacobo Machover y Duanel Díaz, entre otros que no mencionaré ahora. Por el momento solo quiero decir que en mi opinión este asunto requiere un análisis más minucioso y amplio que revele la *continuidad* y no la ruptura – como afirma Díaz, por ejemplo, entre república y castrismo. A esto le dedicaremos un capítulo en el presente estudio.

inculcando en los cubanos desde hacía mucho tiempo, fue utilizada por Castro insistente y enfáticamente para halagar el ego del pueblo cubano. ¿Cómo podía nadie creer de veras que Cuba, o que *algún otro* país – cualquiera – pudiera vanagloriarse de ser “el pueblo más noble y más sensible del mundo”? ¿Cómo, de qué manera, verificar y certificar este reclamo? Esto solo tenía, pues, que por fuerza poner en entredicho las mismas pretensiones de justicia, el sentido de justicia de los cubanos.

Pero todavía hay algo más importante que deriva de lo anterior: el excepcionalismo de Cuba – que, no lo olvidemos, es más que nada el de Castro – es una *copia al calco* del de los Estados Unidos y, como el de éste y el de cualquier otro país, es y no puede ser sino de índole *racista*. De ahí que en ambos casos el superlativo – *the most*, el más – sea la *oposición* de la civilización a la barbarie. Cuba es ““el pueblo más noble y más sensible del mundo” porque no “no es un pueblo *bárbaro*, ni es un pueblo criminal.”

El fallo más importante de la mayor parte de los estudiosos del racismo en la “revolución” cubana – tanto dentro como fuera de Cuba – ha sido el de haber pasado por alto el pensamiento, la retórica y las prácticas racistas del propio Máximo Líder. El hecho incluso de que muchos de ellos hayan creído y afirmado de que Castro era anti-racista, los hace – aún sin involuntariamente – sus cómplices. Por esto es importante decir y reiterar que el contubernio intelectualidad-castrismo no ha terminado. Y es que el desafío mayor que pueda hacerse al castrismo es desnudar su núcleo racista.

El 14 de febrero, o sea, días antes del discurso en Palacio, Castro se reunió en el hotel Hilton con los miembros del Club de los Leones. Antes de entrar en materia es necesario ofrecerles a los lectores que no la tengan alguna información previa sobre este club, lo cual es de la mayor importancia para poner en contexto el racismo castrista.²⁵

El Club de los Leones se constituyó en 1917 en Chicago, y en octubre de ese año celebró su convención nacional en Dallas, Texas. Pronto se crearon ramas del club en muchos países y ciudades del mundo. El de Cuba, en la Habana, fue constituido en 1927, y tras su reorganización, en 1936, se convirtió “en pocos años *el más grande todos los Clubes de Leones del mundo*, por el número de asociados,” y ‘la más grande organización

²⁵ No es fácil encontrar información, y esto es algo en lo que tendré que ocuparme. Por ahora voy aprovechar el breve, pero excelente artículo “¿Leones en Cuba? ¿Por qué no?,” de Moisés Leonardo Rodríguez, quien investigó sobre el asunto en la Biblioteca Nacional José Martí. El lector queda advertido que toda la información y las citas que ofreceré proceden directamente de ese artículo, que puede consultarse en Cubanet.org: <https://www.cubanet.org/htdocs/CNews/y00/may00/11a9.htm>. Las citas en (“) proceden de: El Libro de Cuba. Biblioteca Nacional. Cuba. Pág. 953 en adelante. Artículo “La acción del leonismo en Cuba” por Ramiro Collazo (fuente que utiliza Rodríguez). Como puede apreciarse, la información bibliográfica no incluye el año de edición ni, posiblemente, la editorial.

entre todas las instituciones cívicas de servicios procomunales' (6). Hacia 1954 el club tenía 112 asociaciones en toda la república, y contaba con 6,529 socios, "lo que convertía a la organización en la *mayor* fuera de Estados Unidos, con la excepción de Canadá." Los fines del club demuestran su fuerte orientación hacia el ámbito de los negocios y la filantropía: trabajar 'activamente por el *mejoramiento cívico, comercial, social y moral* de la comunidad' y 'estimular la eficiencia y propulsar normas de *ética comercial y profesional*.' (énfasis mío).

Según la página de Wikipedia, la membresía es exclusivamente por invitación, por lo que cada aspirante debe tener un patrocinador que sea miembro activo y tenga una buena posición en el club. Los solicitantes deben ser individuos de buena reputación moral en su comunidad. Es importante observar que el club tiene una estructura jerárquica en la que el avance se produce geográficamente: de un grupo local, a otro de provincia, a la capital, a uno internacional. Las mujeres no fueron admitidas hasta 1987, pero todavía existen clubes que son absolutamente masculinos. El Club de los Leones, no hace decirlo, es una institución – desde sus mismos inicios – burguesa, patriarcal y de blancos. El primer Club de Leones, para afroamericanos, no se fundó hasta ¡1967!²⁶ Cuando los blancos habaneros fundaron su club, los negros de Estados Unidos no podían tener el suyo.

En 1959, Castro se reunió en el Hilton con un grupo de empresarios cubanos de, claro, impecables credenciales morales: eran hombres, blancos, y ricos. Esto, como se verá enseguida la tónica de las palabras de Castro. Era el día de San Valentín, y él se había propuesto seducir esos corazones blancos que se habían reunido para...

Castro empieza con una propuesta:

"Les decía el Presidente que yo le había propuesto, más que un discurso, conversar con ustedes y contestar todas las preguntas que estimasen pertinentes hacerme. Y voy a explicar por qué."

Podrán adivinar que esa *explicación* se convirtió en lo que, supuestamente, Castro no creía conveniente dar: *un discurso*. También con la cooperación y entrega de unos leones que se le rindieron, lo aplaudieron, y le rieron alguna gracia, Castro se salió con la suya: el discurso-monólogo-aparente diálogo.²⁷

²⁶ <https://www.kut.org/austin/2013-02-06/listen-how-austin-african-americans-made-history-in-1967>

²⁷ Hay un momento tan tartufiano, que casi da risa. Castro dice: "Yo tengo entendido que aquí están las cámaras de televisión y me imagino que tengan el tiempo limitado, y hay programas. Y lo mejor es que yo..." Entonces, dos individuos – que la transcripción del discurso ni siquiera identifica (un **nadie**, obviamente), le responden:

Colón redivivo, Castro les pinta al pueblo cubano como aquél los indios a sus católicas majestades:

“He visto cómo suele ser la generalidad del cubano: una bondad, una generosidad, **por las buenas lo ofrecen todo y lo dan todo.**”

Con un acto de prestidigitación retórica transforma la “generosidad” del pueblo en “altruismo” (no olviden a quienes les habla):

“Pero sí lo he visto, delante de mis ojos he visto *ciertos actos altruistas*, y sé que no son la excepción, que son la *generalidad*.

Y *esos hombres* que han estado dispuestos a dar para la Revolución *miles de pesos —y los dan—*, y para 20 obras, *cuando les roban cinco pesos* se sienten desgraciados. Y es que, precisamente, *la condición humana repele lo indigno, lo inmoral, lo que es el robo, el atraco, la explotación*, y siente, cuando hace uso de **su libertad**, de **sus derechos**, esa satisfacción que vale más que todo el dinero del mundo” (énfasis mío).

¿De qué se vale para sonsacarles el dinero, y estimular su “altruismo”? Se vale – porque sabe que será efectivo – de los prejuicios racistas de los leones, que eran también los suyos. ¿Qué necesidad había aquí de mencionar el *robo de cinco pesos*, o el *atraco*? Usa esta argucia para oponer – exaltándolo – el *altruismo* de los leones con la revolución, la *pureza* de sus generosas contribuciones, a la para Castro, natural **repulsión** que estos hombres tenían que experimentar si perdieran no miles, sino cinco pesos, víctimas de un atraco, de un robo, a los que inmediatamente se les asigna el estigma racista: **inmoral, indigno**. Hablarles a los leones de altruismo, por un lado, y de inmoralidad, por el otro, era hablarles en su propia lengua racista y patriarcal. En este punto *todos* se entendían.

En realidad, el discurso es una mera repetición de todos los anteriores, al igual que los que sigan repetirán a éste. Tartufo en carne y hueso, mientras lo adulan y se deja adorar y cortejar, Castro repite una y

“- Doctor Fidel Castro, las cámaras de televisión del Canal 12, Escuela de Televisión, **están a la disposición de usted todo el tiempo que quiera** (APLAUSOS). **Aquí no hay límite para usted porque a usted hay que rendirle honores**. Así que las cámaras del Canal 12, Escuela de Televisión, en el sentir de la empresa, le puedo decir que **están a la disposición de usted todas las horas que sean necesarias**.

.....- **¡Y los Leones igual! Nos sentimos deseosos de oírlo, Comandante Fidel Castro.**”

otra vez que no busca la gloria. Tanto le da al granito de maíz que éste no hace sino crecer como una bola de nieve:

“Hay quien dice que lucha por la gloria. Y a mí me han dicho: éste lucha por la gloria. Pero yo digo: “¡No, señor, *yo no lucho por la gloria!*”, porque al fin y al cabo esa es una vanidad también. Martí, que era el más extraordinario de todos los cubanos, dijo que *toda la gloria del mundo cabía en un grano de maíz.*”

Y con Martí y el grano de maíz, a tronar contra la inmoralidad, el juego. Y desde su blanca atalaya, claro, esas masas que lo aplauden delirantes, y ese pueblo que era el más noble y justo del mundo, resultan ser también casi absolutamente corruptos:

“porque ha sido tanta la corrupción que estaban echados a perder *aquí casi todos, por excepción* había uno honrado, es la realidad.”

Esto no era nuevo. Antes que Castro, Martí nada menos sentenció sumariamente a los cubanos a partir de criterios moralistas, y por tanto racistas. Esto se explica por el hecho de que, como sucesor, Martí se consideró a sí mismo inmaculado, sin mancha alguna – al menos en público. El 7 de diciembre de 1893, en carta a los presidentes de los clubes del PRC, afirmó categóricamente: “No hay machas en nuestro sol” (*Documentos inéditos* 74). De ahí que juzgar, o criticar a Martí, al igual que a Castro, llegó a convertirse, sin exagerar, en crimen de *lesa majestad*. Bajo ese sol aterradoramente puro, solo puede haber mancha. Es el que se alza, como un horno y emblema del terror, en *Versos Sencillos* XII. El yo lírico rema por “el lago seductor / con el sol que era oro puro / y en el alma más de un sol.” Este instante de belleza y pureza perfectas, por lo que “a [sus] pies:” “un pez muerto, un pez hediondo.” Ese pez aparece “de repente” *ofendiendo* al yo.²⁸ En una lectura previa de este poema me referí al pez como una *súbita* (“de repente”) manifestación de lo extraño, lo siniestro – el *uncanny* freudiano – que burlando la fuerza de la represión perturba y pone en tela de juicio las pretensiones de pureza del yo martiano.²⁹ El pez ofensivo representa el escándalo moral, racista, ante el que recula espantado el sujeto blanco y masculino equiparado aquí no simplemente al sol, sino sobre todo a ése que “era *oro puro*.” Además de bogar *con* ese sol de oro puro, que lo acompaña, lo sigue, el yo afirma tener en su alma “más

²⁸ Referencia

²⁹ Referencia: Martí, *la justicia infinita*

de un sol.” *Sol oro puro, alma* y más de un sol pertenecen al ámbito de lo *superior y elevado*. Pero esto solo puede hacerse visible, y afirmarse, en absoluto contraste y oposición con lo inferior: el pez “hediondo.” En efecto, lo “hediondo” lo es todavía más por aparecer, desafiante, a los pies de lo más alto y puro. No hay autoridad moral sin juicio moral; ni juicio moral sin condena (racista). Deberíamos sorprendernos del salto que da aquí ese pez en un adjetivo que – hasta donde sé – Martí no volvió a utilizar jamás: un adjetivo inapropiado para, fuera de sitio en la boca de un hombre blanco y culto. Ese “hediondo,” si bien perfectamente enunciado, conserva, no obstante, la fuerza, la golpiza brutal de *jediondo*. Pero Martí tenía que expresar toda la fuerza de su asco, aun cuando para lograrlo tuviera que darse un chapuzón en el “bajo mundo” para pescar el insulto cabal, es decir, racista: *hediondo*.

No vaya a pensar el lector que esto es una digresión; que nos hemos olvidado de Castro. De ninguna manera. La mañana luminosa que cantó Naborí fue la llegada de ese sol de oro puro – el del terror martiano, y ahora castrista – que empezaba a levantarse sobre esas masas que, si lo aplaudían delirantemente, estaban corrompidas y habían sido cómplices de Batista. Por eso Castro, como antes Martí, se dio a la tarea de **administrar la virtud** de los cubanos, que era lo que Martí había proyectado.

El 16 de agosto de 1892, Martí le escribe al Secretario del Cuerpo de Consejo de Key West (permítaseme citar en extenso):

“Es verdad, Señor Secretario, que las empresas históricas son imposibles cuando no las alienta y desea la voluntad de un pueblo; **pero la misma voluntad de un pueblo parece ineficaz para realizar la obra complicada y minuciosa de dirigir y administrar su propia virtud, si este trabajo, grato por el placer del sacrificio y la satisfacción de la conciencia, no es tomado a pechos por una suma corta y decisiva de hombres** que no necesitan de aparato ni de estímulo para el cumplimiento de su obligación sino que miden su capacidad de atenderla por la necesidad pública de que sea atendida” (*Documentos inéditos*, 47-8).

Lo mismo en Martí que en Castro, la elevación de los cubanos es pareja a su condena moral. En otra carta suya de 1892, Martí afirma: “Hay **mucho cubano** contento con la **ignominia**. La generación a quien toca hoy resolver se ha criado en la **irresolución**.” No era posible esperar, según él, a que esos hombres “de una época **desconfiada y carcomida**,” se pusieran de acuerdo para lanzarse, “a un toque unánime, a **la miseria** y

a **la muerte**” (*Documentos inéditos* 29) (énfasis mío). Era a esos mismos hombres que miraba con desprecio a los que se había determinado a lanzar, como él mismo lo dice, sin andarse con tapujos, a la miseria y a la muerte.³⁰

Castro, como veremos enseguida, le sigue los pasos. El desprecio por el pueblo – recuérdese que la tercera persona que corresponde a el pueblo es el de la *no-persona* – se expresa de diferentes maneras. Por ejemplo, repite una y otra vez que el pueblo había hecho la revolución, había vencido y, consecuentemente, era el que mandaba, y el que poseía las armas:

“Aquí estamos, sencillamente, **a las órdenes del pueblo**. Lo legal en este momento es el **mandato del pueblo**.”

“el pueblo es el que ha conquistado su libertad y **nadie más que el pueblo**”

“Yo decía que **el pueblo**, que antes tenía escopéticas, **ya tiene artillería, tanques y fragatas** [...]. ¡Ahora sí que **el pueblo está armado!**”

“Aquí en esta lucha no hay vencidos, porque **solo el pueblo ha sido el vencedor**” (1 de enero, 1959).³¹

Pero en su discurso del 7 de enero, se manifiesta lo que sabíamos de antemano. No hay nada llamado “pueblo” que dé órdenes. Al mismo tiempo que el pueblo manda, Castro le enseña al pueblo que debe obedecerlo, y hasta que no puede hablar hasta el que él se lo permita. Nótese el vaivén retórico entre *obediencia* y *disciplina*. Pareciera, incluso, que les está hablando a un grupo de niños escolares:

“A ver, un momento, **no hable nadie**, no hable nadie. Silencio, silencio todos. Todo el mundo disciplinadamente para que vean lo disciplinado que es el pueblo”

.....

Uno solo, que no lo entiendo. **Que todo el mundo se calle, va a hablar el que yo le diga, se calla todo el mundo**. Bueno, **¿ustedes son obedientes o no son obedientes?** (EXCLAMACIONES DE: “¡Sí!”)

³⁰ Es importante notar que en Martí no usa la primera persona del singular. Se expresa todo el tiempo en la tercera persona: «El Delegado». Su responsabilidad personal por todo lo que dice desaparece en la autoridad **institucionalizada de la no-persona**. El lugar de Martí ha sido ocupado absolutamente por el **Super ego** implacable, ante el cual el sujeto está siempre en falta.

³¹ <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f010159e.html>

¿Ustedes son **disciplinados** o no son **disciplinados**? (EXCLAMACIONES DE: “¡Sí!”) Y **si les digo que todo el mundo se calle, ¿obedecen?** (EXCLAMACIONES DE: “¡Sí!”) Bueno, **cállese todo el mundo** y dejen hablar a uno solo (7 enero).³²

Y respecto a quién poseía las armas; o *quién*, para ser más precisos, era *el pueblo* que poseía las armas, el verdadero *autor* de la revolución, y el *vencedor*, veamos lo que expresó en La Habana, el 8 de enero:

Creo que el pueblo esté de acuerdo en que hable claro, porque haber luchado como **he luchado** por los derechos de cada ciudadano, **me otorga** aunque sea el derecho a decir la verdad en voz alta (APLAUSOS).

³² <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f070159e.html>. Otro ejemplo, y también una de las evidencias más contundentes de lo que argumento, ocurrió en el discurso frente al Palacio presidencial el 21 de enero, y que mencioné antes. En este caso, el “vamos a ver” quiere decir “vamos a ver si logro,” que es muy similar a lo que podría decir un mago antes de realizar un acto de prestidigitación que debe asombrar, maravillarse a su audiencia. Con este golpe de efecto, comienza Castro: “Y yo le voy a pedir algo al pueblo y es que me ayuden, que **hay un millón de personas aquí** y no se oyen los altoparlantes, que es necesario un **silencio absoluto**, y es muy difícil hablar cuando a uno no se le está escuchando perfectamente bien; y yo quiero decirle al pueblo hoy lo que siento, quiero decirles a los periodistas de América lo que siente el pueblo de Cuba; quiero decirles a los representantes diplomáticos de todos los países del mundo el pensamiento justo de nuestro pueblo, para que nos escuchen. No basta con haber asistido aquí, lo importante no es haber asistido solamente; es necesario que se guarde silencio. **Hay que demostrar la disciplina del pueblo, guardando silencio. Vamos a ver si es posible que un millón de personas guarde silencio** (SE HACE SILENCIO). Por supuesto, es el tamaño de la multitud, y la presencia de tantos periodistas – que Castro no podía dejar de remarcar – lo que hace asombroso el truco. Éstos últimos se convierten así – Castro los convierte – en testigos del poder sobre la multitud, de la **obediencia** de ésta. Nótese que la transcripción deja constancia de la realización del milagro. Pero, claro, era imposible lograr un silencio **absoluto**. No porque Castro no tuviera poder para gobernar la muchedumbre, sino por su enormidad, lo cual era una indicación del poder de convocatoria, de tracción, de Castro, y también del sadismo de ese poder: “No hemos podido obtener la colaboración total de la multitud en el sentido de que guarde un silencio absoluto, y esto también se debe en parte a que **gran cantidad de personas se han desmayado** y hay que prestarles ayuda.” Como él mismo afirma, en discursos previos había llamado a esa concentración de un millón de personas, cuya finalidad era, por supuesto, hacer una manifestación de su poder sobre las masas: “Hablamos aquí de reunir a medio millón de compatriotas y **el pueblo dijo**: ‘No, medio millón no, un millón.’ Y ha venido a resultar un millón y medio (APLAUSOS).” <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f210159e.html>. El pueblo **no dijo**, porque el pueblo **no tiene voz propia**, ni puede **hablar como pueblo**. En efecto, su discurso del 17 de enero, en Artemisa, Castro había hecho la invitación: “Para defender no solo la justicia, sino para defender también la soberanía del país, el próximo miércoles **se reunirán frente a Palacio un millón de cubanos, ¡un millón de cubanos! Yo había dicho que medio millón, pero el pueblo empezó a decir que no, que un millón** (APLAUSOS Y EXCLAMACIONES DE: “¡Más de un millón!”).” <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/c170159e.html> ¿Cuándo había escuchado Castro al pueblo decir “un millón? En la base de discursos, el único donde aparece este llamado es en el de Artemisa. Y las “exclamaciones” que escuchó en Artemisa, ¿podía caso él o nadie afirmar que eran, no digamos las de **todos** los artemiseños, sino incluso las de **todos** los cubanos, las de **todo** el pueblo? Esto confirma, otra vez, el vacío constitutivo del “pueblo,” esa **no-persona**, soñada perfectamente homogénea, que a los políticos de toda ralea les gusta invocar. Para Castro, el pueblo no fue más que el pedestal de la supuesta “grandeza” de su persona. Tuvo que saber qué pasaría si una muchedumbre de un millón de personas se agolpaba en ese espacio, y no le importó. Su persona era más importante que todas esas vidas que no conocía.

Y, además, porque estando de por medio los intereses de la patria, **no transijo absolutamente** con la menor contemporización con los riesgos que puedan sobrevenir a la Revolución Cubana (APLAUSOS).

¿Tienen todos la misma autoridad moral para hablar? Yo digo que el que tenga **más méritos** tiene **más autoridad para hablar** que el que tenga **menos méritos**. **Creo** que para que los hombres se **igualen** en prerrogativas morales, tienen que **igualarse** primero en **méritos**.

.....

Antes que nada ríndase **culto al mérito**, porque el que no le rinde culto al mérito no es más que un ambicioso...

.....

Mi gran preocupación es que en el extranjero, donde **esta Revolución es la admiración del mundo entero**, no tenga que decirse dentro de tres semanas, o cuatro semanas, o un mes, o una semana, que aquí se volvió a derramar sangre cubana para consolidar esta Revolución, porque entonces **no sería ejemplo esta Revolución** (APLAUSOS).

No hubiera hablado yo así cuando nosotros éramos un grupo de 12 hombres, porque cuando éramos un grupo de 12 hombres todo lo que teníamos por delante era pelear, pelear y pelear, y había mérito en combatir en esas circunstancias; pero **hoy, que nosotros tenemos los aviones, los tanques, los cañones y la inmensa mayoría de los hombres armados, la marina de guerra, numerosas compañías del ejército y un poder enorme en el orden militar** (EXCLAMACIONES DE: “¡Y el pueblo!”, “¡Y el pueblo!”) Pueblo... voy a la idea que les quería decir...³³

El propósito de este discurso fue el cortarle el paso a cualquier oposición o demandas de compartir el poder por parte del Directorio Revolucionario. El pueblo no es convocado para *ejercer* ningún mandato, sino para *legitimar*, con su *respaldo*, el de Castro. Para éste había llegado la hora de dejar en claro que la victoria había ganada exclusivamente por el M-26-7, o sea, él mismo.

Sutilmente, pero sin titubeos, Castro pretende saber con seguridad lo que piensa el pueblo. Por eso, el **yo creo** no tiene que molestarse en interpelar al pueblo. Inmediatamente, entonces, sin pudor de ningún tipo, ese **yo** se lo agencia **todo**: fue él quien luchó “por los derechos de cada ciudadano,” y **esto** – seguimos en la *no-persona* – **no** los ciudadanos

³³ <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f080159e.html>

mismos, a los que no consulta, le otorga el derecho a **decir** la verdad, aunque en realidad se trata de *fabricarla*, y de *imponerla*. El pueblo se muestra aquí como lo que realmente es: la pantalla blanca sobre la que se proyecta su Señor. Habiéndose adueñado de la representación del pueblo, y de la Patria. En el discurso del 6 de enero, en Sancti Spiritus, afirmó que él solito había hecho la revolución:

Soy un hombre de fe. **Hemos triunfado** porque creímos en el pueblo. Mientras otros se dedicaron a conquistar militares para dar un golpecito de Estado y que siempre estuviéramos dependiendo de los militares, de que quitaran y pusieran gobiernos, **yo jamás fui** a buscar a nadie para conspirar. **Fui a buscar al pueblo, me presenté ante los campesinos con unos cuantos fusiles (APLAUSOS); fui a buscar al pueblo para con el pueblo conquistar su libertad, y, gracias a eso, podemos decir hoy** el grito con el que voy a terminar estas palabras y que es el grito que está en el corazón de todos nosotros, **¡qué viva Cuba libre!**³⁴

Seguramente Naborí ya le había murmurado al oído que todo eso tenía un solo nombre: FIDEL CASTRO RUZ.³⁵

No hay que pasar por alto los reclamos de **méritos** y de **autoridad moral**, de su referente **racista** y **clasista**.³⁶ La retórica del mérito siempre alude, no solo al merecimiento, sino también a otros índices de valor como la virtud, el prestigio, la categoría, el derecho, el crédito, y en síntesis a la **superioridad moral**; o **prerrogativas morales**, en palabras de Castro. Pero, ¿quién que no fuera él mismo, le otorgó esas prerrogativas, esa autoridad moral, y esos méritos? ¿Cómo Castro llegó a la conclusión de que era él quien tenía más méritos entre “todos” los demás? Esos reclamos de superioridad, de prerrogativas morales, y de méritos, se

³⁴ <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f060159e.html>

³⁵ En su discurso del 6 de enero había declarado: “Y **nosotros no haremos otra cosa que recibir y obedecer órdenes del pueblo** (APLAUSOS). ¿Por qué no he de creer **que el pueblo sea el mejor gobernante**, si creí —cuando nadie lo creía— que **el pueblo era el mejor guerrero**?” La retórica deja al descubierto la demagogia. Castro, como acabamos de ver es el que se pone al mando, el que reclama para sí los más altos méritos, y la máxima autoridad moral. El “he luchado” es el suyo, y para sí reclama absolutamente el derecho a definir y decretar, autorizar y desautorizar esta o aquella verdad; o mejor, la VERDAD. Ver: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/c060159e.html>. Y advierto que esta demagogia es constante. El 17 de enero, en Artemisa: “Nosotros **no mandamos al pueblo**, sino que **obedecemos al pueblo**. Nosotros **hacemos únicamente lo que al pueblo convenga**, únicamente **lo que el pueblo manda**. Porque por primera vez hay una revolución de verdad en Cuba, **por primera vez** nuestro pueblo es soberano, **nuestro pueblo manda**.”

<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/c170159e.html>

³⁶ **REFERENCIA TEÓRICA SOBRE RACISMO, MÉRITO Y MORALIDAD.**

traducen como vemos en el derecho exclusivo al discurso, y en la afirmación de su persona a expensas de todas las demás: es la afirmación, sin reservas, del mando de una masculinidad blanca, y por tanto virtuosa, moral. De ahí que cuanto intente resistírsele, o será silenciado, o expulsado a lo sucio, a una sub-humanidad, inferiormente moral: bandidos, gusanos, escoria, lacras, lumpen, homosexuales, hasta añadir a esas categorías las martianas: sietemesinos, petimetres, insectos.

Por supuesto, el ascenso al y afianzamiento en el poder de Castro estuvo jalonado por – algunas veces – los más ridículos elogios del pueblo cubano, haciendo hincapié en su historia, y aun naturaleza o carácter excepcional. Este populismo que de tan repetitivo y barato – como aquello de que el pueblo mandaba, y hasta que el pueblo había elegido a Urrutia presidente³⁷ – debió poner en guardia a la intelligentsia cubana, logró imponerse con todo lo que tenía de jesuita. Cualquiera que repase hoy esos primeros discursos no puede dejar de notar el vacío, la mentira – y, por tanto, el desdén agazapado – en esos elogios desmedidos. Lo que sigue no es sino una ínfima muestra de lo que uno encuentra en el cortejo castrista del pueblo. En este sentido, advierto que es de la mayor importancia poner atención a las caracterizaciones de los cubanos como lo que **son** y lo que **no son**. Considero pertinente, comenzar citando el primer discurso, el del 1ro de enero, en el Parque Céspedes, de Santiago de Cuba:

Yo comprendo que en el pueblo hay **muchas pasiones justificadas**. Yo comprendo las ansias de justicia que hay en nuestro pueblo [...]. Pero yo le quiero pedir a nuestro pueblo antes de nada, calma.

.....

Naturalmente, que el pueblo **todo** lo debe **esperar** de nosotros, y lo va a **recibir**...

.....

Castro alude a los fusilamientos por venir como algo que quiere el pueblo, pero esta mención – que no responde a ningún grito de la multitud, hasta ese momento, permite ver cómo es él quien empieza a inculcar, a movilizar en la masa, eso que llama “ansias de justicia.” Solo que esas “ansias” son ante todo las “pasiones” de las que Castro mismo se distancia:

“De los **excesos** que se hayan cometido en La **Habana**, no se nos culpe a nosotros. Nosotros **no estábamos** en La Habana. De los **desórdenes** ocurridos en La **Habana**, cúlpese al general Cantillo y a los golpistas de la madrugada, que creyeron que iban a dominar la situación

³⁷ <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f010159e.html>

allí (Aplausos). En **Santiago de Cuba**, donde se ha hecho una **verdadera Revolución**, ha habido **orden completo**.”

Su insistencia en esta contraposición es notable. “Una serie de excesos han tenido lugar en **la capital**: saqueos, tiroteos, incendios...,” expresa, y añade: “Qué distinto, sin embargo, fue en Santiago de Cuba. ¡**Qué orden y qué civismo!** ¡Qué disciplina demostrada por **el pueblo!** Ni un solo caso de saqueo, ni un solo caso de venganza personal, ni un solo hombre arrastrado por las calles, ni un incendio.” Es cierto que responsabiliza a Cantillo de los desórdenes en la capital, pero ¿y los habaneros? ¿Acaso Cantillo los había exhortado a saquear y a incendiar? Por esto resulta reveladora la oposición **capital-pueblo**. Castro – es decir, la ley, el orden, la conducta civilizada – estaban en el pueblo; mientras que el caos, las pasiones, o sea, la violencia, estaban en la capital con Cantillo, que era todavía un resto de la dictadura, la barbarie. En La Habana se habían desatado las mismas **pasiones** a las que Castro, en Santiago de Cuba, les había pedido calma. Llegamos así a la médula de la cuestión: la mentalidad racista de Castro no puede dejar de asociar a las masas con las pasiones (lo irracional). El problema es que él mismo necesita esas pasiones, y las va a atizar. De lo que se trata, pues, no es de prevenir esa violencia, sino de administrarla, de controlarla y distribuirla para satisfacer a la multitud y afianzarse él en el poder mediante el terror. Canalizará en la masa, enmascarándola en ella, su propia sed de sangre, su violenta lujuria. Él será el símbolo del orden civilizado que satisfará meramente las “ansias de justicia del pueblo.” El 15 de enero, en su encuentro con el Club Rotario de La Habana, lo afirmó así: “**El pueblo** en esto es **más radical** que **nosotros**, nosotros miramos las cosas con **más calma**, pero **el pueblo** pide como una necesidad elemental que los criminales de guerra sean castigados.”³⁸ Aquí se precisa la distancia entre el pueblo (las pasiones violentas, la irracionalidad) y Castro (la razón, la calma). Esta visión intrínsecamente racista del pueblo – que cuenta con una larga historia en la antropología criminal – tiene que ser deconstruida. El caso de Castro ilumina que la supuesta superioridad de la razón blanca, no es tal. Como ya hemos dicho, él meramente esconde su propio apetito de violencia – eso que él tiene de pueblo en sí mismo - detrás de esas muchedumbres gritonas, que azuza. Esto implica repensar de otra manera la típica imagen de Castro. El barbudo que no quiso quitarse el uniforme verde olivo y que, en muchas, pero muchas fotos vemos con aspecto descuidado, casi sucio, francamente vulgar; el agitador, el machista gritón de la Plaza de la

³⁸ <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f150159e.html>

Revolución, que no tenía mientes en recurrir a, y estimular las vulgaridades del pueblo, de las «marchas del pueblo combatiente»; en resumen, el Castro que se encaramó en el poder con pistola al cinto era, si se quiere, **más pueblo que el pueblo**. Por esto su racismo es todavía más despreciable y repulsivo.³⁹

Así, pues, sus encomios del pueblo tenían que llegar a las exageraciones ridículas que llegaron, puesto que había que disimular el desprecio:

bien merece convertirse en uno de los primeros pueblos del mundo, por su inteligencia, por su valor, por su espíritu
(Aplausos).

Palabrería sin fondo, insustancial, que solo quiere halagarles el oído a aquéllos de quienes espera sumisión.⁴⁰ Por eso no se da cuenta de que habla de los cubanos como Colón de los indios mientras maquinaba despojarlos de todo:

“nuestro pueblo que quiere de gratis, que confía de gratis, que premia a los hombres con cariño más allá de todo merecimiento, tendrá lo que necesita”

Piensen en esto, para Castro como el pueblo cubano es tan inteligente, “quiere de gratis, que confía de gratis,” y hasta premia incluso, ¡alas! – sugiere – a los que no lo merecen, o más exactamente, a los que **no** tienen **mérito**. Castro concluye su discurso en el parque Céspedes, nada menos que con el lema del Club de los Leones – “We Serve”:

“Y solo aquí me resta decirles, con modestia, con sinceridad, con profunda emoción, que aquí en nosotros, en sus combatientes revolucionarios, tendrán siempre **servidores leales**, que solo tendrán **por divisa servirles** (Aplausos).”⁴¹

³⁹ En efecto, en el discurso del 4 de enero en Camagüey, vemos a Castro instigando la violencia: “**Y no es porque los combatientes revolucionarios tengamos sed de sangre**, ni nos mueva un sentimiento de venganza. No es por eso. Es sencillamente porque ese es el castigo que en justicia merecen. **No merecen continuar viviendo...** (INTERRUPCION)”
<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f040159e.html>

⁴⁰ Eso explica que repita lo mismo una y otra vez: “Y este pueblo bien merece todo un destino mejor” (1 de enero); “un destino mejor, que el pueblo cubano merece una vida mejor” (4 enero, Camagüey).”

⁴¹ <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f010159e.html>

Y conste que apenas comenzamos. Si el populismo de Castro es racista, la exaltación de los cubanos como un pueblo *civilizado* en el contexto de la censura internacional que provocaron los juicios de los «tribunales revolucionarios» y las ejecuciones, deja más aún al descubierto su mentalidad racista. Aquí también, notémoslo, **revolución** y **pueblo** son intercambiables:

“Y entonces se desata la campaña de propaganda contra la Revolución Cubana: que si somos **incivilizados...**”

.....

Para pintar ante el mundo a la Revolución Cubana como una **revolución incivilizada...**

.....

Vale la pena que vengan los turistas a presenciar este espectáculo, que no se ha dado en ninguna otra parte del mundo, por la sencilla razón —lo creo honradamente— de que **no hay otro pueblo en el mundo como el pueblo cubano, ni otro país más rico en el mundo que la nación cubana**. Luego, **nosotros tenemos derecho a un gran destino**, que no es el de dominar a nadie, ni el de avasallar a nadie, ni el de tener poder, sino a crear aquí las condiciones necesarias para que sea feliz nuestro pueblo.

.....

Yo reto a los detractores de la Revolución Cubana a que busquen un solo caso en toda la historia universal en que se haya librado **una guerra más civilizada que esta...**

.....

Que venga la prensa del mundo entero a ver lo que está pasando aquí, **a ver si somos civilizados o no....**

Todas las citas corresponden al encuentro de Castro con los Rotarios el 15 de enero en el Hilton. El “somos” – como hemos insistido siguiendo a Benveniste – no es sino el yo enmascarado, pero también totalitario, puesto que no se trata meramente de *representar* al pueblo o a la revolución, sino de su pretensión – en virtud del mérito y prerrogativas morales – de *ser* ambos: pueblo y revolución. La supuesta superioridad y excepcionalismo del pueblo cubano – no hay en el mundo otro como él – es, claro, la de Castro; y él la Revolución Cubana que libró la guerra más **civilizada** de la historia universal. Piense el lector de qué “guerra” habla Castro; una que apenas duró más de dos años, y que no puede compararse – esto, para no salirnos de Cuba – con las que libraron Maceo y Gómez. ¿Y qué decir de las

de Bolívar y San Martín? ¿O las de Napoleón, o cualquiera de las dos guerras mundiales? Eso fueron guerras. Pero Castro está dispuesto a elevar su guerrita por encima de cualquier épica. La suya puede compararse con la de los aqueos, y cuidado no les saque ventaja. ¿Y qué diremos de eso de “guerra civilizada”? ¿Hay en realidad alguna guerra – completa – que pueda considerarse **humana**, o **civilizada**? Pero la afirmación de Castro de que su revolución había sido la **más civilizada** de la historia universal se explica por el hecho de aquello que no quiere que le imputen – a él no: la **barbarie**. No bastaba pues, con que hubiera hecho una revolución “civilizada,” sino que tenía que haber sido el epítome mismo de la civilización.⁴² ¿O se creían acaso que **él** era un **negro**, y que había hecho una **revolución de negros**?

El 17 de enero, en Pinar del Río, Castro afirma que “el pueblo de Cuba [había dado] una muestra de madurez y de **civilización** extraordinarias,” y arremete otra vez contra los que “quieren teñir de sangre al pueblo de Cuba en el extranjero, [y] pintarnos como una **horda incivilizada** [...], como unos criminales y como un **pueblo de salvajes**.” Por si hubiera habido alguna duda, aquí está lo que entrevimos antes, a saber, la oposición racista - ¡occidental! – **civilización vs. barbarie**. Supongo, pues, que todos sabemos qué tenía en mente Castro cuando se refirió a “horda incivilizada” y a “pueblo de salvajes.”

Casi un mes más tarde, el 14 de febrero, al hablarles a los socios del Club de los Leones, Castro expresa:

“¿Qué hace un soldado con un revólver 45 y un fusil por la calle, metiéndole miedo a todo el mundo? Hasta por un tiro escapado... (APLAUSOS.) ¿Qué es eso? **¿Estamos en África o estamos en un país civilizado? ¿Es que somos salvajes?** ¿Hay que vivir aquí bajo la culata, bajo la ametralladora, o somos un país civilizado? ¿Y **si somos un país civilizado**, para qué tienen que andar los fusiles en la calle? ¿O es que los delincuentes son tan poderosos que necesitan tanta arma? No señor, si aquí cuando se acabe la inmoralidad por arriba y el robo por arriba, el pueblo mismo capturará a los **delincuentes en la calle** (APLAUSOS).”

No olvidemos que habla para audiencia burguesa, capitalista; de hombres blancos, de bien para los que primaban la moralidad y el respeto a

⁴² En el discurso del 21 de enero, frente a Palacio: “no ha habido un pueblo en el mundo que haya tenido un comportamiento tan civilizado como lo ha tenido el pueblo cubano...” Y el 17 de enero, en Artemisa: “Nunca un pueblo había dado un ejemplo tan alto de civilidad...”

la ley y el orden. Esos hombres aplaudieron, como era de esperarse, las descargas racistas y represivas de Castro. Para éste, como para posiblemente para cualquiera de ellos, **África entera** era **un país**, y además **salvaje**. Ese salvajismo estaba asociado a la violencia, al desorden, a la delincuencia. Resulta ahora que ese mismo pueblo cubano que según Castro “[había dado] una muestra de madurez y de **civilización** extraordinarias;” ese pueblo cubano que otros, equivocadamente, querían pintar “como un pueblo de salvajes;” ese mismo pueblo es ahora él quien se pregunta si es, *acaso*, en efecto, incivilizado. Pregunta retórica, alegrarán algunos lectores, pero ¿qué significan entonces los **delincuentes de la calle**?⁴³

Esto que estamos viendo es de la mayor importancia porque nos permite comprender la impronta racista que subyace – desde el principio mismo – en el discurso moralista y de ingeniería social de la “revolución” cubana. Este es, justamente, uno de los canales de continuidad de la colonia con la República y la “revolución.” De ahí la obsesión con la vagancia, con perseguirla y legislarla – típica de todos los regímenes racistas – que atraviesa la historia de la nación:

“Tenemos que acabar con todas esas lacras y todos esos vicios, para empezar, porque después tenemos que continuar; esto no es nada más que para empezar” (6 de enero).

La inmoralidad del pueblo, observemos, convierte prácticamente a cualquier cubano en sospechoso de haber colaborado con la tiranía, y en culpables:

“Y la corrupción y el robo y la inmoralidad que había, fue **la causa** de que incluso cuando se dio el golpe de Estado, **mucha gente se quedara indiferente**, un golpe de Estado que **nos costó tanta sangre**” (6 enero).

No exagero. La retórica moralizante que, sigo insistiendo, es absolutamente racista, Castro la usa para afirmar la baja catadura moral del pueblo que, supuestamente, tenía una “civilización extraordinaria.” Mas no

⁴³ El 16 de febrero, en el discurso en el Colegio de Arquitectos, afirmó: “hemos **sembrado** en el pueblo ese **instinto moral**, esa preocupación y esa vigilancia revolucionaria.” ¿Cómo sería posible **sembrar** un **instinto**? Lo que esto revela es el juicio **racista** de que el pueblo no tiene instinto moral, y el Estado tiene que sembrar la moralidad. Y lo sabemos bien, porque menciona a “los individuos que habitan desgraciadamente en los **barrios de indigentes**, los individuos que desgraciadamente habitan en la **promiscuidad amoral de los solares**.”

hay contradicción alguna. Como hemos visto, al defender la civilización de los cubanos ante la opinión internacional, Castro en realidad defiende la suya. Por eso mismo, al hablar de los cubanos a los cubanos, los rebaja para elevar su superioridad moral. Veamos otros dos ejemplos. El primero es del 7 de enero, hablándoles a los matanceros:

Continuando sobre el problema del trabajo... (EXCLAMACIONES DE: “¡Fuera la bolita!”) La bolita está fuera hace mucho rato ya (EXCLAMACIONES); **pero eso sí, que el pueblo no la compre después** (EXCLAMACIONES), porque, ¿quién vendía la bolita? (EXCLAMACIONES), ¿y quién la jugaba? (EXCLAMACIONES.) **Que levante la mano el que nunca haya comprado una bolita** (EXCLAMACIONES). **Yo nunca he comprado una bolita** (EXCLAMACIONES).

La advertencia “juguetona” que, para no variar, parece hecha por un padre a sus hijos a sabiendas de que reincidirán en la mala conducta, la corrupción en este caso – “pero eso sí, que el pueblo no la compre después” –, va seguida de una demanda de confesión de culpa colectiva; también como un padre al que no puede ocultársele nada: “Que levante la mano el que nunca haya comprado una bolita.” Sabemos que las exclamaciones subsiguientes son la confesión colectiva de la culpa, porque frente y en **oposición** a ella se eleva la “rectitud moral” de un Castro que oculta su privilegiada posición social: “Yo nunca he comprado una bolita.” Y esto ocurre, por segunda vez, en el mismo discurso:

Bueno, está muy bien, está muy bien, pero yo tengo que decirles una cosa. Ustedes me dicen a mí que a toda esa gente hay que castigarla, que hay que encarcelarla, que hay que fusilarla; pero **antes ustedes veían que había gente vendiendo el voto y ustedes no le decían nada** (EXCLAMACIONES). Antes **ustedes veían que venía un aspirante a senador o a representante comprando votos y no le decían nada** (EXCLAMACIONES). Antes **ustedes veían un sargento político recogiendo cédulas y no le decían nada** (EXCLAMACIONES). Antes **ustedes veían un botellero y no le decían nada** (EXCLAMACIONES). Sí, ustedes no podrían hace dos años, hace tres años; pero **esas cosas están pasando en Cuba hace 50 años y ustedes no les decían nada** (EXCLAMACIONES).

Creo que absolutamente necesario notar la manera casual con que Castro trata la violencia. no está hablando meramente de “castigar,” sino incluso de encarcelar y hasta fusilar a gente por actos de corrupción de los que, sugiere es culpable, de una manera u otra, **todo** el pueblo. Todos – **ustedes** – naturalmente, excepto **él**.

Sin embargo, el puntillazo final es el racismo anti-batistiano, que es, en última instancia, el que termina siendo la expresión perfecta del racismo castrista. Fidel Castro y la historia oficial del Estado transformaron al Dictador en el Monstruo de la historia de Cuba.

Fidel Castro inició la construcción de la «leyenda negra» de Batista en el alegato del Moncada, pero de este texto me ocuparé en otro capítulo, y prefiero no citarlo ahora. Castro se elevó él mismo como símbolo de libertad, luz y civilización hundiendo en la misma proporción a Batista en la barbarie y las tinieblas. Así se creó el comic castrista de la batalla del Bien contra el Mal. Para conseguirlo no le importó exagerar, mentir, ni distorsionar la historia. Su odio lo justificaba todo.

Según Castro, los crímenes del batistato superaron los de los españoles, y los de los nazis:

“¿Qué se iba a hacer con aquellos hombres que habían llegado al extremo de barbarie y de crimen **al que no llegaron ni siquiera los alemanes?**” (15 de enero)

¿Ustedes saben por qué se cometieron tantos crímenes como nunca antes se habían cometido en Cuba? ¿Ustedes saben por qué se cometieron tantos actos de barbarie **como ni siquiera cometieron los españoles?** (17 de enero).⁴⁴

Es decir, que ni Weyler, ni Machado, ni los nazis llegaron a cometer los crímenes que cometió el régimen de Batista. Tan es así, que todo lento de aumento le parece poco a Castro para demonizarlo: “¿Quién no ha vivido **siete siglos** con los **siete años** de tiranía de Batista?”⁴⁵ En la concentración frente a Palacio, el 21 de enero, Castro afirmó: “**¡el Hitler de nosotros es Batista!**”

⁴⁴ Este discurso fue en Artemisa. Ese mismo día, en otro discurso en la ciudad de Pinar del Río, expresó: “¿Qué general español, cuándo en la historia de Cuba, incluso durante la época de España, se cometió jamás semejante crimen de asesinar 53 campesinos indefensos, inocentes, en una sola tarde?”

⁴⁵ Pinar del Río, 17 de enero.

Para que se tenga una idea de cómo Castro fue construyendo el Monstruo, veamos el siguiente ejemplo. El 17 de enero, en la Ciudad de Pinar del Río, expresó:

“Y a un pueblecito pequeño, a un pueblecito pequeño como Las Minas de Bueycito, allí, en un pueblecito pequeño, asesinaron a 450 campesinos (Ciudad Pinar del Río, 17 enero).

Lo ocurrido fue, por supuesto, horrible. Pero para Castro todavía puede serlo más si, también, se lo liga a los crímenes de los nazis. Entonces, el 14 de febrero, en el Hilton, introduce el correspondiente giro:

“Hubo un pueblo al que le asesinaron 450 vecinos. Quien pase por allí verá la tristeza. **Lídice** en Checoslovaquia debe ser más o menos algo como lo que hicieron allí en las **Minas de Bueycito.**”

Entre la primera referencia Minas de Bueycito y la segunda, transcurre casi un mes. ¿Por qué *demora* en la referencia a Lídice si ya Castro venía habiendo estado elaborando el vínculo del batistato con los nazis? ¿No deja entrever esto, que esas asociaciones pudieron ser el fruto de un cálculo político, y sin dudas racista? Esta retórica estaba destinada a cumplir varios propósitos: 1) Al elevar a lo “inimaginable” los crímenes del régimen, se buscaba justificar internacionalmente los juicios y fusilamientos; 2) El grado de ese horror hacía ver más radiante la luz del sol revolucionario; y 3) Castro aparecía como el **Mesías blanco**, el San Jorge que había dado muerte al dragón. Si Batista había sido “nuestro Hitler,” ¿no significaba esto que Castro – solo él – había sido a su vez nuestro Churchill-Stalin-Roosevelt? Y también, claro, que el triunfo guerrillero de la Sierra Maestra había constituido un triunfo épico ante el cual la palidecían todas las hazañas militares anteriores de la historia universal. Era el triunfo de la **Civilización** sobre la **Barbarie**, de la Virtud y el mérito sobre la Inmoralidad. Y anticipaba también el mito por venir: el del triunfo de **David** (el puñado de hombres de la Sierra Maestra) sobre **Goliat**.

De hecho, en los discursos de Castro la guerra contra Batista aparece representada – exactamente como en los comics de superhéroes – en términos de un enfrentamiento maniqueo del Bien contra el Mal, de la Civilización contra la Barbarie, y por tanto del hombre blanco (racional, civilizado, honrado: Castro) contra el negro (bárbaro, irracional, bruto, cobarde y sin honra: Batista). Y aclaro que Castro reduce *casi*

exclusivamente las virtudes rebeldes a los combatientes de la Sierra Maestra,⁴⁶ o sea, repito, a él mismo (a su liderazgo).⁴⁷

Desde el principio fue la voz de Castro, su retórica, la que construyó la narrativa de esos apenas algo más de dos años de combates. “No hablo en mi nombre,” dijo el primero de enero, “hablo en nombre de los miles y miles de combatientes que han hecho posible la victoria del pueblo.” No habla en su nombre, pero esos combatientes no hablan: él lo hace por ellos.

Para Castro, la lucha contra la dictadura no era solo política y militar. Era también una guerra civilizadora, higiénica: había que limpiar y sanear moralmente al país. Su retórica no estaba lejos de la del intervencionismo norteamericano en el 98. Entonces, como después, en 1959, la lucha contra las enfermedades – recuérdese la fiebre amarilla – y la higienización de las ciudades, proyectaban la ocupación como empresa humanitaria, civilizatoria, moral. Todo iba a parar a la imagen de los estadounidenses (blancos) como benefactores, educadores. La guerra era humanitaria y filantrópica. En consonancia con esta visión del salvador blanco, Castro reveladoramente establece una identificación y una continuidad entre la guerra contra Batista y otra – la que seguiría – contra el vicio y las enfermedades. Por eso, el término que marca ese continuum es **ofensiva**:

“Vamos ahora a lanzar una **ofensiva** contra **la corrupción**, contra **la inmoralidad**, contra **el vicio**, contra **el juego** y contra **el robo** (APLAUSOS), contra **el analfabetismo**, contra **las enfermedades**, contra **el hambre**. Vamos a empezar una **ofensiva simultánea**, como **la ofensiva** que terminó con el fin de la dictadura” (4 enero).

⁴⁶ De vez en cuando, alguna que otra vez, reconoce en sus primeros discursos la contribución de otros grupos como el Directorio, pero llama la atención el énfasis con que, desde el principio, busca socavar esta participación. Este ejemplo lo ilustra: “Y yo estoy seguro de que ese es el sentimiento que vibra en los combatientes revolucionarios, en los bravos y gallardos combatientes que **bajo un brazalete o bajo otro**, combatieron aquí: en el Escambray, en Cienfuegos, o en Santa Clara, o en Oriente. Porque **aquí vinieron a luchar dos columnas que se mandaron de la Sierra Maestra y ayudaron a los combatientes que estaban aquí en esta provincia**, y murieron y pelearon junto con ellos. ¡Lo que importaba era el triunfo por encima de todo! Y yo sé que ese es el sentimiento que vibra aquí” (6 enero). Al ninguneo “bajo un brazalete u otro” se añade la sugerencia que había hombres peleando en Santa Clara (el territorio del Directorio) que en realidad procedían de la Sierra Maestra (el territorio de Castro). Mientras avanza hacia la Habana, Castro reclama el protagonismo para asegurar el poder con exclusión de los demás grupos. Esto explica la afirmación de que el triunfo (la **unidad**) era lo importante.

⁴⁷ Esta pintura es un calco de la que construyeron los cubanos de la emigración, y la prensa amarillista norteamericana de la guerra entre españoles y cubanos, sobre todo – mas no exclusivamente – después de la llegada de Weyler a Cuba. El 98 fue un conflicto y una guerra en los que todas las partes involucradas – incluyendo América Latina y Europa – lo hicieron desde una óptica racista. Si algo puede decirse que fue el 98, es que fue una guerra racista, librada entre razas, y a partir de criterios de superioridad e inferioridad.

Cabe notar que, antes que cualquier ofensiva humanitaria, es la **ofensiva moral** – mucho más detallada, más larga – en la que primero piensa Castro. Como sabemos, además, la “inmoralidad” es una abstracción, y no es contra ella que se combate. Por lo tanto, hay que insistir en que, desde el principio él se propuso la revolución como un proyecto que hoy – a la luz de todo lo que vino después – propongo llamar **darwinismo socialista**. Los *blancos* de la ofensiva contra el vicio, la inmoralidad, el robo, el juego, eran la prostituta, los homosexuales, los afeminados, y como quedó demostrado, contra los débiles, los que no estaban bien definidos, los vagos, y en última instancia los sectores populares más pobres; allí donde pululaba los solares, donde se consumía la marihuana; en otras palabras, donde predominaban los negros. La meta era construir una nueva sociedad, un hombre nuevo, eliminando los “vicios del pasado,” lo que equivalía a deshacerse de aquéllos que no se adecuaban al proyecto.⁴⁸

En el soldado rebelde Castro proyecta el modelo de una masculinidad civilizada y honorable: es el modelo de hombre. Los rebeldes “son unos **perfectos caballeros** con el pueblo” (4 de enero). Los hombres de Castro eran tan caballerosos y humanitarios, que a veces nos da la impresión que no peleaban: “el orgullo de los rebeldes era ser **caballeros**. ¡Jamás se golpeó un prisionero!; algo más: ¡jamás se golpeó a un chivato!”. Según Castro, “no fue necesario emplear procedimientos malos en medio de **la guerra más adversa** que haya podido librarse.” Eran revolucionarios “**bravos y gallardos**” (6 de enero). Entreviendo un futuro en el que podrían despertarse las ambiciones, Castro se refiere al momento mismo del triunfo como la “hora pura” de la revolución, cuando, afirmó, “todo es pureza.” Ni que decir tenemos que habla de sí mismo, que se consideraba él la “hora pura,” el “todo pureza,” y que asegurar el poder era a sus ojos asegurar que se eternizara la *pureza*.⁴⁹ Debió creerse que era Robespierre, y desafortunadamente no estaba en Francia.

Como dije antes, esa pureza hace más ostensible el racismo en que se sostiene porque depende de una absoluta descalificación humana, masculina y moral de Batista:

⁴⁸ Cuando me ocupe del éxodo de Mariel, veremos que Castro expresó esta idea con absoluta claridad, y frente a una entusiasta multitud.

⁴⁹ No había nada desinteresado en esa pureza, sino egoísmo. Castro se muestra más interesado de recibir la gratitud de los campesinos, que en ver a su propio hijo. La libertad que trae es apenas la máscara de otra opresión: la esclavitud por deuda: “Más que deseos de ir a la capital, más que deseos, incluso, de ver a mi propio hijo, deseo ver de nuevo a aquellos campesinos después del triunfo; deseo ver aquellos rostros, aquella alegría inmensa que ha de invadir los corazones de aquellas familias que antes vivían bajo el terror de los geófagos” (6 de enero, Sancti Spiritus).

“¡Quién viera por un **agujero** —como dice el pueblo— al señor Batista en estos momentos! **¡Al guapo, al hombre soberbio** que no pronunciaba un solo discurso si no era para llamar cobardes, y miserables y bandidos a todos los demás! **Aquí ni siquiera se ha llamado bandido a nadie, aquí no reina ni se respira el odio, la soberbia ni el desprecio**, como en aquellos discursos de la dictadura. **Aquel hombre** que dice que cuando entró en Columbia llevaba una bala en la pistola (Gritos), se marchó en horas de la madrugada en un avión, con una bala en la pistola (Gritos) (1 enero)

“El **tirano** ha huido **cobardemente**, y con la tiranía será arrasado no solo el terror, no solo el crimen, sino que serán erradicados de nuestra patria las causas que los originaron, las **inmoralidades** y las **lacras** que hicieron posible la permanencia durante siete años de un régimen tan criminal y oprobioso” (6 de enero, Santa Clara).

Castro vincula sistemáticamente a Batista, no solo a la dictadura, sino también a la cobardía y a la inmoralidad. Para aquel, ningún otro régimen o período de violencia en la historia de Cuba se acercaba al horror del batistato. Similarmente, Castro se elevará, de puño y letra, al cenit de la historia nacional, sin importarle que para hacerlo tuviese que hacer una afirmación tan ridícula – trumpeana incluso – como ésta:

“el pueblo comprende que **por primera vez**, desde la llegada de **Cristóbal Colón**, hace 400 años aproximadamente, **¡por primera vez** va a haber una revolución en Cuba” (6 enero, Sancti Spiritus).

No se puede sobre enfatizar el hecho de que hizo de Batista el significativo por antonomasia de lo despreciable, de la inmoralidad, y de la cobardía. Esto se explica porque en la **única historia** que contaba para Castro, el villano era, por supuesto, Batista. El resultado de esta narrativa era, entonces, que ni los campesinos, ni los trabajadores, ni el pueblo de Cuba habían sufrido jamás como bajo Batista. De lo que se sigue que Castro vino a ser el desfacedor de entuertos, el caballero civilizado, blanco y masculino que rescató definitivamente a Cuba – la dama angustiada, ultrajada, violada y aterrorizada por la Bestia – y la independizó, la liberó de los vicios.

El mito lo empezó el mismo Castro, de manera visible, en 1959. Pero como veremos en el próximo capítulo, esto se remonta, cuando menos, a la época de la anécdota de la campana de la Demajagua.

CODA I

En los números 3-4, julio-diciembre (2007), y 3-4, julio-diciembre (2008) de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* aparecieron los artículos “¿Era Fulgencio Batista inteligente?” y “¿Era Fulgencio Batista valiente?” del historiador Newton Briones Montoto. Si Batista hubiese sido estadounidense, la publicación de estos trabajos en una revista académica – si se hubieran publicado – difícilmente hubieran dejado de ser criticados por racistas.

Dejando a un lado su asunto, los títulos – las preguntas que formulan – les imponen a los lectores una complicidad racista con el autor. Los trabajos son pésimos y basados mayormente en chismes, comentarios y prejuicios racistas que revelan la concepción despectiva e institucionalizada del negro.

El primer artículo comienza afirmando que el “pueblo cubano en su odio a Fulgencio Batista calificó al dictador de bruto,” y que esta imagen se mantiene hasta hoy. No recuerdo haber escuchado jamás a nadie que llamara “bruto” a Batista, o que incluso lo mantuviera tan vivo en la memoria con ese odio. Castro, como ya he dicho, hizo de él no *un monstruo*, sino **EL MONSTRUO**. Si se considera esto, solo puede decirse que los cubanos nos olvidamos relativamente pronto de Batista; excepto en las ocasiones en que la propaganda nos recuerda el triunfo de Castro. Lo sorprendente es ese apelativo – **bruto** – flotando solo, cuando era de esperar que fuese el **dictador** el que hubiese perdurado; y que lo *eligiera* el autor que, precisamente, nos pregunta si Batista era inteligente. Porque **bruto**, como seguramente lo sabía Briones Montoto, no solo significa **estúpido**, sino también **bestia**. Esto último, tiene a su vez otras cargas simbólicas: el **salvajismo**, la **irracionalidad**, la **violencia**; y todo, finalmente, apunta en la misma dirección: despojar a Batista hasta del último vestigio de humanidad. A Batista, hay que insistir, y en él al individuo **no-blanco**. Como observa el profesor David Pilgrim, la caricatura del negro bruto (brute) en la era Jim Crow (Estados Unidos) fue utilizada para presentar al negro como un ser criminal, sociópata, “que atacaba a víctimas indefensas, especialmente a las mujeres blancas.” Las caricaturas de los negros solían presentarlos como ignorantes,⁵⁰ de escaso entendimiento.

El “artículo” de Briones Montoto sigue la misma pauta, que es la misma que antes Castro había sugerido al hacer de Batista un monstruo

⁵⁰ David Pilgrim. “The Brute Caricature” en: <https://www.ferris.edu/jimcrow/brute/>

sediento de sangre, una bestia, un bruto, un ignorante – un **sargento** - que además era cobarde e inmoral y, sobre todo, la criatura más horripilante de la historia de Cuba, rivalizando con Hitler. Briones Montoto que la actuación de Batista había creado la impresión de que “utilizaba más **la fuerza** que la **inteligencia**.” Y añade: “A esto se le puede agregar la **incongruencia** entre su imagen, algo **vulgar e ignorante**, y los **cargos** que ocupó.” A esto siguen historias sobre la mala pronunciación de la lengua: en español e inglés. “Él nunca podía decir doctor sino decía “dotor”, y ello daba la sensación de estar ante un **hombre iletrado**,” comenta el autor. Como sabemos, Batista era oriental – al igual que Castro – y en la visión racista sobre los orientales uno de los puntos principales de ataque ha sido el llamado “hablao oriental,” que específicamente incluye la pronunciación “deficiente” del español. Y en Cuba, hablar de Oriente es hablar de la provincia con mayor población de negros, incluyendo descendientes de haitianos. Briones Montoto echa mano a fuentes como “un cuento de la época,” “una persona que lo conoció de cerca,” “alguien más que lo trató de cerca” (Briones Montoto 2007, 186).⁵¹ El cuadro racista se perfila más mediante la asociación de Batista con las creencias africanas. Esto es primero introducido con una observación que finge ser neutral, y en realidad es un absurdo: Batista “[e]ra alguien que sabía manejar los símbolos.”⁵² Briones Montoto añade a continuación la infidelidad marital de Batista – entra en escena la sexualidad:

“Durante ese período existían en Cuba dos primeras damas. Una, a la luz del día, que vivía en el palacio. Y otra, secreta, que ejercía las funciones de querida del presidente y ya tenía con él un hijo.”

Briones Montoto afirma que la ley que finalmente permitió el divorcio, que Batista logró pasar, fue para beneficiarse él mismo, pues le permitiría divorciarse de Elisa Godínez y casarse con Marta Fernández, y “convertir a La Habana para los americanos en Las Vegas, como segunda opción.” No sabemos, puesto que no lo explica, qué **relación** ve Briones Montoto entre la ley y hacer de La Habana otro destino apetecible para los americanos. Observa, sin embargo, que “los cubanos comenzaron a sacar

⁵¹ Le recuerdo al lector que los subrayados son míos.

⁵² Dice Briones Montoto: “Como hábil político, jamás definió su filosofía esotérica, y sabiendo de las creencias populares, brujería, espiritismo o catolicismo, no quería perder adeptos al inclinarse por una de ellas.” Aquí cita al secretario de Batista, Raúl Acosta Rubio, que narra la anécdota sobre el famoso indio del dictador. La implicación es que Batista usó esa imagen con fines propagandistas, pero que en la intimidad “hacía burlas de aquello,” y si se le mencionaba el asunto “sonreía como asintiendo a la protección que recibía del más allá” (189).

ventajas del divorcio.” Solo que, aparentemente, los únicos beneficiarios de los divorcios y los nuevos matrimonios fueron “los oficiales de las fuerzas armadas y funcionarios civiles.”

Briones Montoto no les dice a sus lectores que la ley que legalizó el divorcio fue la misma de la que se aprovechó Ángel Castro, quien, por cierto estaba en una situación idéntica a la de Batista. Se había casado con María Luisa Argota, y con ella tuvo dos hijos: Pedro Emilio y Lidia. Un día, Ángel llevó a la casa, a trabajar como criada, a Lina Ruz. Tenía la misma edad de Lidia: 14 años. poco después, Lina quedó embarazada. Después, Ángel tuvo otro hijo con ella: Ramón. La esposa de Ángel, María Luisa, decidió irse a Santiago con sus dos hijos. El 13 de agosto de 1926, Lina y Ángel tuvieron otro hijo: Fidel. Pero éste no podía tener los apellidos de sus padres porque Ángel no podía divorciarse. Pero esto se resolvió en 1940, gracias a ley que había pasado... Batista. Esto quiere decir que Fidel no pudo llamarse legítimamente **Fidel Castro Ruz**, hasta que no tuvo **14 años**. Cuando lo bautizaron en 1935 su nombre era **Fidel Hippolyte** (de origen haitiano el segundo) (Serge Raffy 38).⁵³ Al ser inscrito legítimamente en 1940, Castro borró **Hippolyte** y lo sustituyó por **Alejandro**. Fue su primer gesto oficial de auto-blanqueamiento.

El artículo de Briones Montoto, para resumir, no tiene nada que ver con la pregunta que, excepto que, como es de suponer, la respuesta estaba implícita en el retrato racista y estereotipado. “[S]u inteligencia no era escasa como se pensaba” (186), dice el autor. “No era escasa” es otra manera de decir que no tenía mucha. Significativamente, Briones Montoto vuelve al asunto al final para – sin decirlo por las claras – disminuir a Batista respecto a Castro: “Tampoco **comprendió** que la organización 26 de Julio y sus combatientes le ganarían la guerra política y militar hasta hacerlo huir del país” (190). El artículo concluye, pues, afirmando de manera bastante clara, un Batista **cobarde**. Así y todo, justo un año más tarde, Briones Montoto volverá a la carga con el artículo “¿Era Fulgencio Batista **valiente**?”

Lo que hace el autor en este artículo es repasar, a su manera – y a trancas y barrancas – la carrera política de Batista para, a cada tramo, señalar que al tomar esta o aquella decisión, “no corría peligro:”

“Hasta ese momento no había sido necesario mostrar valor para conseguir prosperidad.”

⁵³ **Incluir nota de y referencia a: Serge Raffy. Castro el desleal, 2007**

.....

“No había nada que temer.”

.....

“y aceptar integrar el grupo, conllevaba ningún riesgo personal” (Briones Montoto 2008, 175)

.....

“Cuando comprobó que su temor era infundado, regresó a Columbia”

.....

“En la historia de Batista, ese 4 de septiembre es el día de mayor riesgo en su vida y, como se ve, no existía peligro alguno.”

Briones Montoto continúa: “Veamos otros ejemplos que pudieran ilustrar si era o no un hombre valiente” (176). Por supuesto, todo cuanto sigue marcha en la misma dirección. Y aquí reside la cuestión. ¿Habría escrito este artículo para demostrar, o incluso sugerir que Batista era valiente? Por supuesto, que no. Nadie tenía que leer pésimamente tramada pacotilla racista para saber, o para confirmar lo que había oído tantas veces por la propaganda oficial: Batista fue cobarde. Y lo que importa aquí es que, como antes respecto a la inteligencia, Briones Montoto eligiera el camino oblicuo – cobarde – para decir sin decirlo lo que quería decirnos sobre Batista. Para lo único que le sirven estos artículos es para hablarle al oído al inconsciente racista: “Para abrirse camino únicamente contaba con su inteligencia, astucia y falta de escrúpulos.” Nótese que ahora que le niega el valor, Briones Montoto concede que era inteligente: “Predominaban en él su *inteligencia* y *astucia*, pero no el valor” (174). Pero ¿es acaso cierto ese reconocimiento? No es casual que la inteligencia vaya aparejada con la *astucia*, que suele considerarse más *instintiva*. Tan es así, que la *identificación* con la fiera no podía faltar: “Batista debe de haber olfateado el aire como un lobo a su presa.” No obstante el símil, el Batista que *olfatea* es ya implícitamente una bestia, un bruto. A esto se añade la reiteración de un Batista supersticioso que queda ligado en la anécdota a la cobardía y a la estupidez:

“El momento de más peligro se produjo cuando solicitó el jacket de cuero. **Desde hacía mucho tiempo tenía una confianza extrema en esa prenda.** Por eso, cuando se sintió seguro, algún tiempo después, lo envió para el museo Bacardí de Santiago de Cuba y puso a tres soldados a hacerle guardia. **Con él creía haber evitado situaciones difíciles,** aunque nunca había sido utilizado en ninguna acción donde hubiera en el medio

intercambio de disparos. Uno de los ayudantes se confundió y en lugar del jacket le dio un pantalón. El general trató de ponérselo, hasta que se convenció de que no era la prenda solicitada. En el empeño **pudo haberse desnucado**, al tratar de acomodar a su cuerpo a la supuesta prenda de vestir” (178-79). El final repite el del primer artículo. El 31 de diciembre, Batista se fugó “como un vulgar delincuente, seguido de cerca por sus perseguidores” (180).

El odio a Batista fue siempre uno que trascendió lo político, y encarnó en el racismo. Les dio la oportunidad a Castro sobre todo, y a muchos otros como Briones Montoto de ser públicamente lo que Martí habría llamado *racistas buenos*.

CODA II

Tras la muerte de Castro su mitificación adquirió, entre otras cosas, el matiz distintivo de un racismo blanqueador. En 2018 la Casa Editorial Verde Olivo publicó para los niños la biografía: ***Un niño llamado Fidel Alejandro***. Su descripción dice: “El libro cuenta la historia de cómo fue Fidel Castro en su infancia, cómo se forjaron su carácter y su voluntad, cómo se hizo hombre ***ese pequeño que se volvió gigante***.” El sueño de David era, pues, ser Goliat, ser Estados Unidos. David quería ser Alejandro Magno (blanco, europeo, y tener un imperio). Este es el secreto tras la mentira, lo que revela. Porque, como ya he demostrado, NUNCA hubo un niño llamado FIDEL ALEJANDRO. Ni siquiera FIDEL CASTRO.

También en 2018 la misma editorial fabricó otro muñeco: ***Un joven llamado Fidel Alejandro***. En este caso se trata de una verdad a medias. Castro usó el nombre “Alejandro” en la clandestinidad, y como sabemos muy bien, en vida fue siempre Fidel Castro. ¿A qué responde entonces este alejandronamiento de Castro después de muerto?

Pero hay más. En el mismo año apareció – escuchen bien – **CANTAR DE ALEJANDRO** – el cual “contiene una selección de 16 poemas de varios autores de Cuba y Latinoamérica dedicados al 85 cumpleaños del Comandante en Jefe Fidel Castro.” Se trata de una patética colección – 8 páginas, más dignas de Pulgarcito, que de Alejandro – que reúne los usuales poemas cortesianos: Miguel Barnet, Nancy Morejón, Pablo Armando Fernández. A éstos se les convoyaron el de Pablo Neruda, y otros. Pero el que abre la colección hace juego con el título de la misma. Se trata nada menos que de un romance: “Romance de Fidel Castro.”

De la **MARCHA TRIUNFAL DEL EJÉRCITO REBELDE** al **CANTAR DE ALEJANDRO**, la revolución cubana no ha sido otra cosa que la construcción del pedestal de Castro. Su historia personal quiso colonizar la de la nación. Fue el hijo de Martí y su sueño no podía ser otro que matar al padre y ocupar su lugar. Soñó, ante la campana de la Demajagua, con una plantación propia, y esclavizó a los cubanos. Reclamó la propiedad de sus conciencias, de sus deseos, y colmó sus miedos y frustraciones. Ha llegado la hora de contar esta historia. Tal como lo entreveo ahora, he aquí el plan de los capítulos subsiguientes:

1. ¿Cómo hacer que un golpe de Estado pase por Revolución?

2. El sueño del poder engendra monstruos (pasajes de la biografía de Castro hasta el Moncada):

La carta a Roosevelt

La historia de la Campana de la Demajagua

El Moncada y la Historia me absolverá.

3. A.M, P.M: Castro y los intelectuales

El caso de la película Santiago

P.M. y Palabras a los intelectuales

El caso Padilla

Interludio: *Julio Cortázar, Gabriel García Márquez y Ángel Rama*

Mariel

Crisis de los balseros

El caso Zurbano

San Isidro

4. Una visita al Cementerio de Santa Ifigenia (Conclusiones)